



GRIS DE LLUVIA

Silvia Quezada



GRIS DE LLUVIA

GRIS DE LLUVIA

© 2013, Silvia Quezada

D.R. © LETRA UNO EDICIONES

Leer más Uno S.C. de C.V.

Av. Chapultepec 722 A, interior 3, Guadalajara, Jalisco, México.

Teléfono: (33) 3615 9571 / informacion@letrauno.com.mx

www.letrauno.com.mx

PRIMERA EDICIÓN

ISBN 978-607-96295-0-2

Coordinación editorial:

Mónica Márquez

Corrección:

Edgar Leandro-Jiménez

Diseño y diagramación:

Guadalupe Lemus

Fotografía de la autora:

© Rodrigo Sotelo, 2013.

Fotografía de portada:

Tania Duarte

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

A mi abuela, Aurora Camberos Acosta
por su savia infinita de roble
y su alegría de jilguero
(1917-2004)

GRIS DE LLUVIA, DE SILVIA QUEZADA:
LA INTERRUPCIÓN DE LOS SUEÑOS

El agua, en especial la que trae consigo la lluvia, no sólo tiene una función generadora y benéfica: a veces únicamente sirve para mostrarnos la aridez de la tierra, su sequedad infértil. *Gris de Lluvia* es una de esas tormentas que provocan grietas en el suelo que pisamos en el ir y venir de la cotidianidad, amplias, dolorosas y escalofriantes. *Gris de Lluvia* es un libro que recoge cuarenta relatos breves. No es un libro feliz porque la vida misma no lo es, o no lo es siempre. El volumen elude el lado luminoso y brillante de la tierra y descubre que en los rincones llenos de polvo se oculta la verdadera naturaleza de nuestro paso por el mundo, el complemento sombrío e ineludible. La voluntad destructiva de *Gris de Lluvia* se encuentra íntimamente relacionada con la necesidad de perpetuar lo que se quiere, tanto como lo que seduce. Las heridas, los profundos agravios son, en el fondo, los que hacen brotar la necesidad de recrear la vida, de sustituirla por una realidad más compasiva y habitable. Esta obra nos mostrará que nuestros sueños serán siempre violentamente interrumpidos por quienes menos lo esperamos. Su prosa busca la verdadera condición poética en la elasticidad de la palabra: la clave que revele

a un mundo apabullado por los seres que deberían querernos: un esposo, un abuelo, un amante, todos aquellos depositarios de nuestras esperanzas. En el caso de Silvia Quezada escribir es una voluntad de construir sobre el infortunio, una voluntad que encarna la posibilidad de crecimiento y de cambio. Escribe para edificar palabra a palabra un asidero que incluye un primer plano y un fondo remoto: la honradez y el amor. Escribe, también, para disipar el terror a la inexistencia. Su palabra no muda de tiempo, nos toma de la mano para que emprendamos nuestro propio camino hacia el lugar donde ha de escampar. He aquí un profundo y conmovedor despliegue de nostalgia, visión y amor. Todos los cuentos revelan que el mundo interior está poblado de fantasmas que se ocultan en la niebla del tiempo. La palabra es un exorcismo. *Gris de Lluvia* nos recuerda que la realidad de los textos se alcanza sólo cuando crea, al mismo tiempo, caracteres y atmósferas. Quezada no abandona esa necesidad de replantear en sus cuentos la exigencia de abrir nuevos caminos, en una escritura guiada por la inteligencia, con una prosa acerada en la que palpitan una emoción lírica ante el paisaje, la alcoba o la calle, y una inquietante sensibilidad elegíaca. Los cuentos de Silvia Quezada expresan una realidad diferente que agrega y manifiesta por igual lo deseado y lo temido. Cuando se leen, nos trasladamos a una dimensión donde la ficción nos completa. Cuando se leen, nos integramos a un vitalismo del que no podemos sustraernos, pues en ellos se encuentra esa fuerza dominante que nos hace lo que somos o que hace al otro –a aquel que está cerca, muy cerca de nosotros– lo que es. En estos breves relatos, Quezada rememora y describe los sueños y los iconos que acompañan a su generación. *Gris de Lluvia* consigue mostrar las obsesiones que se ocultan en la bruma del llanto o en la penumbra de la recámara familiar. Recupera calles, ambientes, personas, y en ese proceso conjunta el poder evocador de la literatura. En su creación, seres ficticios

cobran vida de tal manera, que algunos han creído ver un sesgo autobiográfico. Fábulas o no, lo cierto es que sus anécdotas sugerentes atraparán al lector, quien es probable encuentre en ellas la explicación de sus propios despertares violentos.

Luis Alberto Pérez Amezcua

MUJERES INSURRECTAS

GRIS DE LLUVIA

A LA MEMORIA DE JESÚS MORALES VÁZQUEZ

Fuga de los sentidos.

Ignorancia de todo. Un olvido. Un escape.

Como una fuga. Sí.

Esa noche hacía tanto calor que había que dormir con las puertas abiertas. Cansada de esperar me puse una camiseta vieja y me ovillé en el sueño. Una risa femenina, sobreactuada y potente me hizo abrir los ojos: la sentí al borde de las sábanas, antes de que cayeran sobre mí dos cuerpos, despertándome del todo. El cabello de ella, oloroso a tabaco, me cubrió la cara, casi al mismo tiempo que un termómetro sanguíneo agolpaba en mi cabeza. – ¡Levántate porque necesito la cama!– ordenó mi marido impaciente.

Me puse de pie y el frío de los mosaicos me hizo saber que sí estaba despierta... busqué el apagador y encendí la luz. La mujer me miró. Corrí. Salí de aquella casa sin llevarme las llaves, en un instintivo acto de salud mental.

El portero de la vecindad me dio la llave del cuarto del fondo. Me dijo que aquel espacio estuvo abandonado desde hace muchísimos años; habló de perdonarme un mes de renta si me deshacía de todos los tiliches que dejaron las últimas inquilinas. Acepté gustosa, con tal de ahorrarme unos pesos. Cuando abrí la puerta del cuarto 28 no podía creerlo... la decadencia había tocado con su dedo de polvo todos los objetos. Cuando pensaba en lo que era ya inservible, escuché la campana del carretonero: apenas tuve tiempo de ver en una esquina varias pilas de libros, que respetuosos del tiempo, conservaban su verticalidad amarilla. Me impresionó que todos los libros fueran iguales –quizá era la edición completa–, así que le pedí al hombre de la basura que no cargara con ellos, mientras leía en la portada del más cercano: Rebeca Uribe, Poesía, México, 1949.

Abrí el volumen de raídos bordes. En las primeras páginas un epígrafe:

*Mi tristeza es ceniza que cae
gris de lluvia
que opaca la acuarela de mi cara
máscara sin fortuna.*

Los cuatro versos cantaban mi propia desolación. Decidí quedarme con los ejemplares. Compré una cama individual para no sentirme sola. Llovía mientras el insomnio se había sentado a la orilla del colchón. Busqué el libro. Leí como diez páginas y me senté para respirar mejor... ¿cómo podía ser que dos mujeres pensaran tan parecido? Volví a leer desde el principio... ¿acaso estaba haciendo una lectura de mí misma? Conté los años que me separaban de aquellos renglones: 37. Escribí el nombre de la poeta para no olvidarlo al día siguiente, en que tendría clase de poesía mexicana, pero lamentablemente ninguno supo de Rebeca Uribe. Una especie de obsesión me llevó desde ese día a la biblioteca central y luego a la hemeroteca; allí me dijeron que necesitaba una identificación especial

para consultar periódicos viejos... la conseguí, me interesaba rastrear todo el año de 1949, con la idea de que en esas fechas podría localizar alguna reseña o noticia del libro, de cuya edición por cierto, pude rescatar como trescientos volúmenes, los otros setecientos estaban ahí, anegados en la humedad, llenos de polilla y en los estómagos de las ratas. Me empecé a aficionar a la lectura de noticias pasadas, a los anuncios de una época en la que mi abuela había lucido pestañas húmedas en aceite de ricino y mejillas con polvo de arroz.

Cada atardecer, al salir de la hemeroteca, me iba a ver edificios antiguos. Así conocí el Mosler y sin poder resistir, subí muchas veces hasta el quinto piso a imaginar cómo había sido el Centro Bohemio de los años Veinte: la cita de los poetas, los pintores y de los arquitectos famosos.

Al entusiasmo que me producía redescubrir Guadalajara, se le sumaba el desaliento por desconocer todo lo de Rebeca, la maravilla de lo ido no daba indicio de ella por ninguna parte. ¿Estaría viva? Quizá era alguna de las viejecitas que a diario se cruzaban por mi camino y yo sin saberlo.

Una tarde en la hemeroteca, media hora antes de que cerraran, abrí El Universal del 16 de agosto de 1949. A ocho columnas pude leer, emocionada: "Misteriosa muerte de la poetisa Rebeca Uribe, secretaria de..." Y agregaba el nombre de una actriz viva, una verdadera luminaria del cine nacional. Corrí la vista por los renglones de la nota: "¿Suicidio o asesinato? Fue recogida de los Tony's Courts en estado gravísimo habiendo sido despojada de valioso abrigo y varias joyas." ¿Cómo? ¿Qué hacía entonces la edición completa de uno de sus libros de poemas en un cuarto de vecindad?, me pregunté. La muerte se anunciaba por envenenamiento, con una agonía que se prolongó cuatro días.

*Y más allá del llanto, de la sentencia inútil,
encontrar que es amable la sensación de estar
en una blanca
ilimitada liberación.*

La prensa de su tiempo la condenó. Habló de afición a las drogas, de lesbianismo. Dos semanas de seguimiento dieron qué hablar al México que la conocía bien por sus libros, por su trabajo en el medio artístico. No hacía mucho, Rebeca había sido homenajeada en Guadalajara, su tierra natal, por sus méritos literarios. Esos datos y muchos otros más, dejaban ver a una mujer solitaria, entregada a su trabajo creador, que había habitado, en compañía de su madre, aquel cuartucho de vecindad antes de emigrar en busca de fortuna.

Pensé en los muebles, cuadros y papeles que el carretonero se había llevado a la basura y en lo difícil que sería reconstruir a casi cuarenta años de distancia su historia. Lo conseguiría, me interesaba hondamente lograrlo, no sé por qué.

*Nada ya, y nadie
ya ni la conmovida mirada ni el conmovido gesto;
ni tampoco la vértebra que le da forma y vida
y sitio
y rumbo
a la figura móvil.*

Con la biografía completa, su pasaporte, un nombramiento de la Cámara de Diputados de la Nación como su taquígrafa, varias fotos y algunas postales autógrafas de Rebeca me sentí mucho más cerca de ella.

Me intrigaba su muerte, me atraía su obra. Sabría que la desaparición física la había regresado al anonimato, del que hubiera sido mejor no salir. La idea de que mi abuela –quien en su juventud había sido bailarina de tango– pudiera haberla conocido, me llevó a visitar la casa de mi infancia.

La abuela me recibió cariñosa como siempre, conversadora, afable.

–Abuela, ¿tú conociste a una mujer llamada Rebeca Uribe? La reacción fue de un silencio total, incómodo. Desconcertada, replanteé la pregunta...

–Sí, pero no quiero hablar de eso. Y ni le preguntes a tu madrina Teresa, para qué le traes recuerdos tristes. Me quedé confusa. ¿Cómo era posible que durante esos meses hubiera tenido la identidad de Rebeca Uribe tan cerca, sin imaginarlo?

*No contestar a un hombre
Ni saber de la lúbrica costumbre del espasmo
Y ante la clara ausencia del pensamiento
—martirizante lazo—
irse hundiendo,
hundiendo
en el hilo invisible de la luz ya sin sombra,
en una fugitiva aspiración de espacios...*

–Yo creo que sí se suicidó. De seguro que sintió vergüenza de que le gustaran las mujeres o tal vez ya estaba hundida en la droga. Yo qué sé m'ija, mi prima Rebeca escribía versos desde muy joven, antes de irse a vivir a México. La verdad es que era bastante feíta, la pobre. Nunca le conocimos un novio. Bueno, nomás a un viejo casado que una noche ya entrados en

copas la convenció de acompañarlo hasta su casa para irse a encontrar con la esposa humillada, que nunca la dejó en paz.

TERESA

Teresa murió sola. En estas últimas semanas he estado juntando sus pasos, preguntando a sus amigos si conocieron de su vida, inquieta por recuperar los lugares que pudo haber pisado, recuperar la madurez de esa infeliz mujer que decidió morir soltera, antes que tener una descendencia amnésica.

Teresa sabía demasiado acerca de los genes de su familia: cuando era una niña su tía María se había perdido, la buscaron por semanas en el mercado de San Juan, en los jardines de Analco y San Sebastián: nada. Luego se supo que un carbonero se la había llevado por las buenas, porque María no sabía quién era, ni cómo se llamaba. La encontraron en Tequila, vestida con ropa pueblerina, sin afeites, con una sonrisa distinta en la cara. Teresa pensó que hubiera sido mejor que la dejaran allá, al lado de ese esposo falso, porque después de todo, ¿a quién le hacía falta en Guadalajara? La tía María ya no iba ni al templo, a sus 44 años se había desligado de los quehaceres domésticos, no preparaba la comida de su único hijo, se pasaba las horas con la mirada fija, en silencio.

Cuando Teresa se convirtió en profesora recibió con asombro la noticia de que su prima Anita se había extraviado. Ella misma le sugirió al esposo de ésta, que colocara un aviso en el diario, que se llevara una foto reciente, que contara los pormenores de la desaparición en pocas líneas. Bajo el título de “Se extravió joven señora” la nota confirmó el mal de la familia: la amnesia. Eran los Sesenta, entonces no se hablaba de Alzheimer, de la pérdida de neuronas, de las fases del deterioro.

Teresa se puso en alerta. No podía quitarse de la cabeza la figura frágil de la tía abuela, con su cabello corto y su mirada distante, sus labios finísimos y su tez pálida color de arroz. La foto de novia de su prima Anita la perseguía: aquel vestido de satín entallado y los ojos brillantados con gotas de limón. Decidió no casarse. Ella no contribuiría a una descendencia infeliz.

Comenzó a buscar un pueblo cercano adonde irse una vez jubilada. Quizá la confundirían con una viuda. Eligió Chapala, por su clima, por su gente, porque “tantos extranjeros no pueden equivocarse”. Llegó al lago y sin titubeos se compró una casita en obra negra en el corazón del pueblo, se dedicó con afán a convertirla en un espacio agradable.

Cierto día un pariente fue a buscarla para darle noticias de un reciente funeral: la casa de Teresa estaba abandonada desde hace meses, casi un año, según los vecinos. Con la autoridad por ser un familiar cercano, el hombre solicitó a la gente de alrededor que estuviera presente mientras forzaba la cerradura principal.

Fueron días de intensa búsqueda, caminatas por San Francisco, San Andrés, la estación, la barranca, el malecón, hasta la misma Mezcala, luego por San Antonio, por la Floresta, por Ajijic, nada, ni un rastro de Teresa. La fue a encontrar por las cascadas, con el vestido lleno de lodo, casi al terminar la brecha. El pariente no quiso indagar nada, ni fincar

responsabilidades en ninguno, tomó a Teresa del brazo dándose cuenta de su débil compostura, de su recaída. Regresó a Chapala; se quedó a vivir unos días con ella en la casa de la calle empinada, con tan mala aceptación por parte de la mujer que ésta les contaba a los vecinos que un hombre la tenía secuestrada, que aquel sujeto no era nada de ella, “verdad de Diosito que me está oyendo...” Llegó la policía, el pariente mostró una credencial, arreglada la confusión, ambos vivieron largos años en la cercanía del lago, en sana paz.

Luego el pariente decidió llevar a Teresa a pasar los años de su vejez en el asilo de ancianos. Al cruzar la puerta del lugar, Teresa tuvo un momento de lucidez: “si de verdad eres mi pariente, hijo, no me dejes sola”.

Han pasado veinte años desde aquella petición. Teresa Ánima, murió sola. Yo la asistí durante sus últimos años. Una enfermera puede hacer poco por aliviar la soledad de quienes han sido abandonados por su familia. Por eso me extrañó que el pariente viniera al funeral, se presentó como un sobrino de la señora Teresa. No quiso llevarse las cartas escritas por la mano de su tía. —No conviene rasgar el pasado, ese ya no cambia, me dijo con cierta amargura. —Dejemos las cosas como están. Si mi mamá me llamó sobrino toda su vida, me quiero quedar con ese parentesco.

ALCOBA

Llego a casa y las lucen se encuentran apagadas. El cofre de tu coche está caliente. Subo a tientas la escalera y con sumo cuidado introduzco la llave en la cerradura, el metal cómplice se desliza, como seda por un anillo. Avanzo sin hacer ruido hasta detenerme en el umbral de nuestra habitación. Una ligera penumbra me deja ver el contorno de tu espalda. Hace calor. Dejo caer el vestido y me acerco, susurro un “ya vine”, que contestas con un sonido gutural que asumo dice: está bien. Me uno a tu cuerpo desnudo, en esa oscuridad que olfatea a distancia el tabaco de las comisuras de tu boca. Es una costumbre nuestra tocar el sexo del otro para sentir que estamos juntos, es una sensación indescifrable, un oasis tibio. Giras tu cuerpo. Nos miramos sin vernos en la oscuridad. Respiro tus ganas y evito el primer beso, tomo tu mano y mordisqueo las yemas de los dedos, mojo los contornos con suavidad hasta sentir cómo tiembles, cómo creces. Entonces te beso. Se qué estás a punto de montarme. Me afianzo en la almohada, con la nuca tensa, como la piel. Algo cruje de pronto. Me pides que encienda la luz: veo sobre la cama, una serie de fotografías recientes dispersa aquí y allá. Idiota. Y yo que pensé mientras bailaba en el bar, que ese fotógrafo con facha de extranjero tomaba fotos turísticas.

EL MARIACHI

Luego de diez años de ausencia Alba Macías regresaba a México. En cuanto dejó seguras sus maletas se fue a buscar guayabas verdes al mercado. Domitila, la puestera, le abrió los brazos una vez que la reconoció.

—Pero m'ija, mira nomás qué guapota vienes, por ti no pasan los años, muchacha. Alba no quiso decir que ya había cumplido los cuarenta, agradeció el cumplido y para demostrarlo, no aceptó las monedas que la mujer le devolvía con una sonrisa.

Sin poder esperar y contra sus hábitos higiénicos le dio una mordida grande a una guayaba picada de pájaro, pensando que si el ave la había elegido, era sabia la distinción. El sabor agridulce se le untó al paladar provocándole un placer inmediato, como el tamaño de su nostalgia.

En esos diez años había aprendido a saborear diversas exquisiteces, tantas como restaurantes había visitado en Nueva York. Era una experta en vino de mesa y no perdonaba una taza de buen café al término de sus comidas. De su dieta primitiva extrañaba la guayaba y los mangos de la barranca. Su sensibilidad sufría de la ausencia de los alcatraces desvelados, el olor a

tierra mojada, la frescura de las sábanas de manta y las notas alegres del mariachi.

La afición a la música la tenía desde chica, cuando su papá la premió por salir de sexto llevándola a la cantina.

—Qué ocurrencia viejo, ya ni la amuelas, ¿no ves que Alba ya es toda una señorita? Y tú la llevas a la cueva del lobo, debería darte vergüenza con tu hija de enseñarle dónde te gastas el dinero del chivo, viejo desobligado. Ya me imagino a la pobre de Alba aguantando tu borrachera.

—Pero si se la pasó muy bien, ¡la hubieras visto! Nomás pelaba los ojotes de paloma que tiene.

El cansancio del viaje y las molestias de la aduana no impidieron que Alba pensara en divertirse esa noche. Mientras decoraba sus uñas deacrílico, una mascarilla de pepinos cubría su rostro, solemne por la elastina. El maquillaje fue profuso, las gotas abrigantaron los ojos y los diamantes las orejas. Vestida con un suave terciopelo negro preguntó por teléfono si un taxi podría recogerla enseguida. Dudó cuánto llevar, los taxis y la música no se pagaban con tarjeta, sino con efectivo. Tomó un rollo de billetes verdes y los guardó en su elegante bolso de mano.

La noche era fresca y la luna humedecía el alma. Octubre desalentaba el verdor de los árboles para animar el frío. Alba creyó que con el primer tequila, hasta tendría calor.

Rodeada de mariacheros, la quinta copa la hizo cantar “México lindo y querido” abrazada del trompeta. El hombre empezó a sudar cuando ella le tomó la mano para que enlazara su cintura. José Alfredo Jiménez le hacía llorar y hablar en monólogos quedos que sólo ella entendía. Al

séptimo tequila le pidió al guitarrón que la acompañara al baño... Alba lo abrazó tambaleante. —Ustedes síganle tocando, que yo pagó muchos... Los otros diez entonaban “El rey”. Cuatro canciones más tarde, Alba y Donato regresaron separados. Una mirada de suspicacia se cruzó en los diez pares de ojos que esperaban.

Lo sorprendente fue que Alba solicitó “El rey” de nuevo y que quiso ir otra vez al baño, ahora con el violín Remigio. Más tarde la acompañó Miguel; luego Fabián; “Soltero el vihuela”; Laureano y Silvio. No hubo octava visita. Alba argumentó a los cantantes que “ya no le importaba repetir la escala”, se iba satisfecha y completa. Pagó y dejó una buena propina.

Durmió profunda, total. Al despertar abrió la maleta de sus afeites y colocó allí el rasgueo sentimental. Cerró el veliz y tomó el primer vuelo a Nueva York.

SIETE DÍAS

Hace casi una semana comenzaron a llegar cartas a mi casa. El primer día descubrí el sobre casi por salir rumbo a la oficina, alguien lo había deslizado por debajo de mi puerta: era un sobre común, blanco, cerrado, sin destinatario al frente. Lo abrí con cierta curiosidad, pensando que tal vez podría tratarse de un mensaje del conserje del edificio. El contenido era breve, aunque extraño: “Por si quieres comenzar a conocerme: mis películas favoritas son: 1. Eterno resplandor de una mente sin recuerdos. 2. El club de la pelea. 3. Matrix 1 y 4. Las alas del deseo de Wim Wenders”. ¿Quién podría haberme enviado una carta así? Lo más seguro es que se habían equivocado de puerta, por lo que deposité el sobre arriba de la mesa y salí a trabajar, sin acordarme de esa nota por el resto del día.

A la mañana siguiente, mientras tomaba una taza de café instalada en mi sofá favorito, escuché el clásico ruido de un papel bajo la puerta, seguido de unos pasos apresurados. Casi vierto el contenido de la taza en la blusa: no alcancé a mirar quién lo había llevado, a pesar de asomarme con rapidez por la mirilla, tampoco pude abrir al momento, porque tengo por costumbre girar la llave de la cerradura antes de irme a dormir. Cuando una vive sola es mejor ser prevenida. El papel adentro del sobre, ahora de color

amarillo, tenía escrito lo siguiente: "Por si quieres saber en qué he trabajado: 1. Secretario de Agencia del Ministerio Público. 2. Tipógrafo (eso ya no existe pero era hacer letritas). 3. Empleado de mostrador (también fui joven y atractivo alguna vez). 4. Entrevistador (nunca formal, siempre por puro placer)."

—Ah, sí se trata de un hombre. Confirmé. Ese descubrimiento me puso de buen humor: quizá la destinataria era yo misma, aunque a mis cincuenta años no podía ser tan probable que alguien me escribiera una carta como esa, ¿o sí? Repasé la información: Secretario, tipógrafo (entonces ya no era tan joven), uhm, empleado: también fui joven y atractivo (aquí el corazón latió más de prisa: significaba que me tenía catalogada como una mujer que fue joven y bella, ¿o que todos los empleados de mostrador lo son? Esto último me provocó un largo suspiro. Recordé a Luis, el succulento compañero que me alegraba las mañanas cuando nos sentábamos un momento a tomar café en la oficina, comentando las noticias de los periódicos. Aunque claro, un hombre como Luis no necesitaba escribir notitas para enamorar.

¿Quién podría ser el tipo de las cartas? ¿Y de dónde salía aquella timidez? Debía ser tan feo como un tallador de naipes. Salí a la calle para investigar posibles oficinas, miré todos los rótulos, no encontré por los alrededores ninguna agencia del ministerio público, tampoco imprentas ni diarios o estaciones radiodifusoras... Volví a la casa llena de frustración. Estaba a punto de darme una ducha cuando recapacité: ¿entrevistador? nunca formal, siempre por puro placer. —Ah caray, ¿esa era la clave? Entré a la regadera de excelente humor, de hecho, hacía meses que no me sentía tan de buenas, las tres palabras se me pegaban a la garganta, confundándose con los barruntos de jabón: por puro placer. ¿Sería acaso una voz que bajaba seducciones por el teléfono?

Me puse una blusita blanca y unos jeans que hace tiempo permanecían en el armario. A eso de las diez de la noche decidí salir a buscar sex-shops: quizá el dueño de los sobres trabajaba en una tienda de los alrededores. El primero de los lugares estaba atendido por dos mujeres. Salí de prisa ante la mirada de una de ellas, quien tal vez juzgó que yo era muy vieja para esas cosas. En la segunda tienda me encontré con un sujeto de entre 35 y 40 años, quien no me despegaba la vista mientras yo fingía mirar con toda atención cada uno de los extravagantes juguetes. Cuando lo consideré prudente, me acerqué. — ¿Tiene usted, por casualidad, “El club de la pelea”? — Nunca he escuchado ese título, ¿es triple X? Decididamente no era el tipo que yo buscaba. Regresé al departamento a releer las cartas, tal vez había pasado por alto alguna información reveladora.

— ¡Qué bruta! La clave debía estar en las películas que él había marcado como sus favoritas. ¡Qué hombre tan romántico! Pude imaginarlo junto a mí, viendo películas los sábados por la tarde, descansando de la rutina semanal. Decidí comenzar por la más inquietante: “Las alas del deseo” de Wim Wenders, por lo que volví a salir, ahora en busca del videoclub que cerraba a las doce de la noche. Cuando la empleada me puso en la mano la cinta, leí con ansiedad el extracto: “En esta película los pensamientos del ser humano podrán conocerse a través de un par de ángeles, quienes nos dejan ver el interior de hombres y mujeres comunes, como aquella que desea ser amada”. Pagué feliz el importe y me fui a casa. Horas más tarde me daba una vuelta y otra en la cama. La película había resultado excepcional, pero nada reveladora en torno al remitente de las cartas.

“Lugares que he disfrutado: 1. Playa del Carmen 2. La ciudad de México, 3. Una especie de montaña rebanada que sueño a veces. 4. La habitación de un hotel.” Leí la carta con desgano. Venía en un sobre naranja, pero no me importó. Esa noche, que ahora recuerdo con nostalgia, soñé con el hombre desconocido, con quien gozaba entre las sábanas naranjas de

un cuarto de hotel. Desperté sobresaltada y sudorosa. Ese asunto de las cartas se estaba saliendo de control. Quizá por eso me intrigó recibir en un sobre blanco, la comunicación número cuatro, donde hablaba de las cosas molestas de la vida. "Cosas desagradables: 1. Que la gente abuse cuando uno es amable. 2. La imposibilidad de crearse intereses propios. 3. Que alguien me diga qué debo hacer. 4. La música de banda." Yo detestaba el mismo tipo de música, y sobre todo que alguien me diga lo que debo hacer.

Creo que por eso me quedé sola, en medio de esta ciudad donde nadie te mira, aunque hables sola, aunque vayas a medio vestir, aunque cuelgues a tu cara la mejor sonrisa del mundo. La soledad de los domingos era la peor de todas, aún más que la instalada junto a mi almohada todas las noches, de la primavera al invierno. No encontrar a la persona que me estaba escribiendo esas pistas era terrible: mi incompetencia, para él, estaría a la vista, sin duda. ¿Y si era mi vecino del departamento 4? El remitente insistía tanto en ese número... Decidí aguardar la siguiente carta detrás de la puerta, así que puse mi despertador a las cinco de la mañana. Mala idea: la misiva ya estaba en su sitio cuando me acerqué dispuesta a realizar guardia. Pareciera que él hubiera adivinado mis intenciones, porque el mensaje era el siguiente: "Lugares en los que desearía estar ahora: 1. Detrás de la puerta. 2. En medio de un abrazo. 3. Esperándote en la cama." La ilusión fue tan grande, que hasta creí oler su aroma al regresar a las sábanas, tibias aún. Decidí que al regresar del trabajo iba a esperarlo en las escaleras.

Busqué en el armario mi mejor vestido: negro por supuesto. Con los zapatos menos gastados y los accesorios correctos, estuve delante del espejo tratando de maquillarme. ¿Qué pretexto pondría en el trabajo? Vaya, eso no era lo importante. Rocié un poco de agua de naranja en los lóbulos de las orejas y detrás de las pantorrillas. Pasé el día ansiosa, detrás de la computadora. Creo que él adivinó mis intenciones, o las supuso, porque

al introducir la llave en mi puerta noté un sobre rojo que dejaba ver una de sus orillas aún antes de entrar a la casa: "Bebidas favoritas: 1. Café (de todos tipos). 2. Tequila con jugo de naranja. 3. Whisky con agua y hielos. 4. Ron en la oscuridad." Volví sobre mis pasos. Fui a comprar todo eso al mini súper. Durante el trayecto ensayé uno o dos temas de conversación. ¿Qué tipo de individuo sería? Alto, de complexión regular, ¿ojos pequeños? Por fin terminaría mi soledad.

Estuve largo rato sentada en la sala oscurecida. Había guardado todo en la cocina y decidí seguir su juego, sin prisas. Esperaba que de un momento a otro se anunciara tras la puerta. Me sentía segura y tranquila, lista para un primer beso, ¿o iría a más? La noche avanzó, él no. Me fui a la cama.

A eso de las tres me levanté y como poseída por un sentimiento extraño me planté frente al closet para repasar mi ropa. Había muchas prendas oscuras: separé vestidos, blusas, pantalones y faldas. Había muchos sacos con solapas (tan masculinos), dos faldas pasadas de moda, muchos pantalones, dos vestidos, acaso demasiado serios. Los zapatos, cerrados todos, blusas de manga larga, dos pares de jeans, unas blusas con escote, aunque ya deslavadas, más para estar en casa que para salir.

El tocador estaba para llorar: dos labiales color pastel, un delineador de ojos, un polvo demasiado canela, la máscara para pestañas estaba más seca que una maceta en diciembre. Perfumes baratos, regalos viejos de amigas que compran lo primero que aparece junto al carrito del supermercado. ¡Era obligado cambiar de guardarropa, comprar un buen perfume, varios pares de zapatillas, vestidos sin mangas, faldas de vuelo! Regresé a la cama y tuve un sueño ligero, en el que combinaba prendas, colores, me probaba sandalias y zapatos claros.

El día 7 trajo la carta definitiva, en un sobre verde: “Ahora aquí está lo que tienes que hacer...y por favor no eches a perder la diversión...Busca a una persona entre las que te rodean, en tu vecindario, en tu trabajo, en los sitios a los que acostumbras ir. Debe ser alguien que tú creas ya perdió toda ilusión por reencontrar el amor. Busca las cartas que te he mandado y borra todas mis respuestas: escribe las tuyas, para que vayan de acuerdo con una personalidad real; ponlas debajo de la puerta de la persona elegida y sonríe: ese alguien volverá a sentirse vivo por siete intensos días, y ¿quién sabe? tal vez encuentre lo que ya había decidido no buscar”.

CITAS TEXTUALES

Eran las cinco de la mañana cuando despertó de un golpe. Se levantó incrédula y fue directamente a buscar el libro: no era tarea sencilla... tras el armario se amontonaban centenares de textos. Ahí estaba el viejo Alonso Quijano mirándola con sus eternos ojillos locuaces y Madame Bovary viajando en su oscura carretela. Hizo a un lado a toda la generación Buendía y se deslumbró un momento con el sol de Comala. Agazapado entre los demás encontró lo que buscaba. Hurgó de prisa entre las primeras páginas y leyó en el colmo de la esperanza: “—esta es brumidora o paxtle— dijo, señalando una planta de hojitas diminutas que daba flores azules. — Es de lo más versátil. En infusión es somnífero, macerada y puesta en las fosas nasales cura los síntomas del catarro, en cambio, mezclada con abrótnano macho y tomada en infusión, como agua de uso, provoca el aborto”.

Cerró la novela de Ibargüengoitia con un retumbar en las sienes. Luego se bañó y tomó el primer autobús de la mañana.

El largo peregrinaje de mercado en mercado fue inútil. Lo más seguro es que el escritor pertenecía al clan de Borges: les encantaba burlarse de sus

cándidos lectores; alguien había dicho que ese no era más que un recurso de fina ironía.

Cuando llegó a la escuela donde estudiaba, fue directamente a los sanitarios, aguantando la respiración se sentó en el inodoro y por pura inercia comenzó a leer los infalibles letreros en la puerta; los había obscenos, bobalicones u ofensivos. En uno tuvo que soltar la respiración de la risa que le provocó la lectura. Cuando liberó el depósito del agua tuvo la ocurrencia: buscó el marcador rojo indeleble y con letra irreconocible escribió en la puerta frente al excusado: "Estoy en apuros. ¿Alguien sabe cómo abortar?". Se encaminó nerviosa a su clase y fingió ante sus compañeros una persistente diarrea que la obligó a visitar el baño con insistencia. A la tercera vuelta comenzaron a leerse las respuestas.

Nada de lo recomendado funcionó. Alguien le sugirió a un médico de apellido raro que cobraba carísimo. Ella empezó por deshacerse de sus discos viejos, de su grabadora portátil, de sus libros de casas españolas con erudiciones lingüísticas. Se conmovió cuando tuvo que desprenderse de los bosques chilenos en las hojas elementales de Neruda, pero pudo reunir el dinero.

El imponente edificio la recibió con sus puertas giratorias de película francesa. Ya en la antesala, sentada con timidez, escrutaba una y otra vez la petición, solicitudes confusas y perifrásticas. Por unos instantes, su cabeza se quedaba en blanco, como esos libros defectuosos que en lo mejor de la trama son interrumpidos por un espacio que difícilmente podemos recuperar. La asociación fue extraña: se sintió por un momento autora recién gestada y decidió que su vientre continuara urdiendo la trama insospechada de la vida.

EVA

Mientras trepaba el alambrado que hacía las veces de puerta principal de su casa, con el ánimo de salir de cualquier modo de allí, apretó la garganta lastimada por el frío y el oloroso aroma de los naranjos y jazmines plantados por su suegro.

Los vientos de la estación, que acosaban el oriente, helaron su nariz, sus orejas, congelaron su cabello.

Con los músculos tensos brincó por fin. La noche demasiado somnolienta por lo avanzado de la hora, siguió susurrando su tristeza. Eva se encontró a mitad de la calle, sin que su cerebro localizara la conexión justa por la cual estaba allí, cuando apenas unos minutos antes la cobijaba la seguridad de su almohada.

Adentro, el hombre se llevó la mano a las costillas percatándose del vacío de uno de sus costados y entonces sonrió, rió, estalló en carcajadas, muy seguro de que la que se iba perecería lejos de su carne...

El calor de la luz, viajando 150 millones de kilómetros, tocó con precaución la cabeza durmiente de Eva, con temor a desordenar las palabras trenzadas que ahora tenía por cabellos. Sí, esa mañana, Eva se había convertido en una mujer que tenía palabras por cabellos.

Fue así que los curiosos impertinentes comenzaron a acercarse con la intención de traducir su cabello enmarañado y desde entonces los críticos literarios del café Madoka, tan inermes y olorosos a tabaco, creían ver al aproximarse y al indagar entre su pelo, la génesis de su pensamiento.

Y toda la gente la miraba. Era la morena trágica de los infortunados, el prototipo de la soledad ansiosa y desesperada.

Las mujeres comunes envidiaban su libertad y afirmaban que Eva se había puesto a régimen exclusivo de manzanas y la espiaban desde sus balcones, afirmando que el patio de su nueva casa y sus cajones, estaban decorados con hojas grandes de higuera.

Un día Eva arrancó furiosa el matorral capilar de fantasía. Serpiente tras serpiente vio caer de su pelo.

Y sucedió lo previsto. La mujer súbitamente se olvidó de la moda, extravió el yugo milenario, no supo más de dolores y aunque les parezca increíble, olvidó por fin a su primera enemiga.

CANSANCIO

Sucedió una noche de insomnio, tras 39 días sin dormir. Hoy es un secreto compartido, entre Ana, mi mejor amiga y yo. La acompañé a visitar a un médico, quien tras escucharla le puso en la mano dos pastillas azules y una sola orden: Tráguelas. Aunque Ana tomó las pastillas cada seis horas durante una semana, su insomnio no cesó, dormitaba a ratos. Fui al mercado a comprarle té de tila, porque habían transcurrido dos semanas y los ojos de Ana estaban tan abiertos como cuando el marido se fue. La tercera semana buscamos a una bruja: – tú compra sábanas color de rosa, y ya verás. A la cuarta semana llegamos hasta el consultorio de una psicóloga: recomendó flores de Bach. Nada. Para la quinta, el profesional fue un psiquiatra: escribió en una receta la palabra *Stilnox*.

La sexta semana yo salí de viaje; fue la misma en que mi amiga tomó la decisión exacta. Salió de su casa sola, fue hasta los barrios bajos, compró un arma, buscó al marido, lo mató. Es nuestro secreto. No hemos vuelto a visitar a nadie. Ana duerme hasta muy tarde, y dice, que siempre despierta de buen humor.

FANTASÍAS DE PAPEL

El sonido grave que produjo el Big Ben hizo revolotear a todos los paraguas negros de Londres. Parada frente al célebre reloj, Mercedes dejó volar también los mil pájaros que habitaban su cabeza y en su soledad mediocre de extranjera pobre, optó por seguir caminando sin rumbo, como habitante recién llegada.

Eran las tres de la tarde y la lluvia gris empañaba el día, volviendo a los edificios, árboles y rostros, intangibles, borrosos, irreales. Para conversar consigo misma, repasaba mentalmente palabras latinas, la que más le complacía era Londinium, ese nombre le producía un gusto metálico, que le llenaba la lengua, al tiempo que la arquitectura de El Parlamento ocupaba toda su visión. En la parte frontal del viejo edificio encontró el escudo de armas que, siendo niña, había ordenado bordar en una funda de seda, lujo por el cual tuvo que alquilarse para lavar los trastes por espacio de tres meses. Se detuvo, divertida, a observarlo: bajo la leyenda “Dieu et mon droit”, un león de jocosa lengua roja y un unicornio encadenado unían sus simbologías. Para Mercedes, aquel escudo fue un retorno inmediato a su niñez de lectora imaginativa, cuando los grabados de impresos en los libros de hadas la deleitaban más que cualquier otro objeto, porque

toda una caterva de seres descomunales, como dragones, elfos y ríspidas serpientes la habitaban. Desde entonces supo que la única vía para llegar a los lugares que soñaba era a través de las propias palabras, por eso se dedicó con afán a conocerlas, apurándoles en las tardes de sed y digiriéndolas en las noches de pesadez insomne.

Fueron largos años de estudios universitarios, riñendo con los promedios, saltando de una lectura a otra, hurgando en archivos polvosos y pajizos.

Un prestigio relativo la vestía a sus veintiocho años de edad, luego de conseguir un doctorado en lingüística y una beca en Londres, la ciudad tantas veces por ella imaginada. Descender del avión fue, por tanto, una aventura al inverso: no bajaba de las nubes, sino que al pisar suelo inglés, se elevaba a las etéreas cimas de sus sueños.

Los primeros días los usó en visitar museos, galerías y cafés, percatándose gradualmente de su condición solitaria, de sus humildes alcances económicos, de sus límites sociales.

Fue inevitable la nostalgia por su condición pasada... aquí no era más que una ínsula perdida en la lluvia. Recordaba a Santa Teresa: "Todos los principios son penosos". ¡Y vaya que lo eran! Pensaba que Simone de Beauvoir había olvidado adjetivar su célebre frase de: "La independencia de la mujer empieza por el monedero", quizá debió agregar: con el pródigo monedero.

Quince años habían sido suficientemente convincentes para hacerla sentir en el naufragio de la vida social, atrapada en una ciudad metálica que le había oxidado las alas, extrayéndole también con la finísima aguja de la jeringa del tiempo, los ensueños todos, ilusiones de la muchacha intachable que fuera ayer y que ha incontables meses se había desvanecido en medio de la palabra.

FALTA DE ÉTICA

Mientras atravesaba el patio, la falda azul de acrilán comenzó a subírsele a la rodilla. Discreta, sin perder la espalda erguida, estiró con dedos suaves la prenda, y sonrió más ampliamente, por si en su camino alguna religiosa se le cruzaba, tal vez la sonrisa lograra distraer el examen visual a que era sometida todas las mañanas.

Ya en el salón de clases, cuarenta y cuatro voces la saludaron al unísono con idéntico acento. Le sobrecogía ver el mismo peinado repetido hasta la última fila y el exacto dibujo de las blanquísimas calcetas. Pensó en los padres ausentes, en los deseos uniformados que los habían llevado a creer que en aquel colegio, sus hijas aprenderían moral y buenas costumbres y sobre todo que vivirían la mitad del día en un mundo cristiano, en medio de este mundo caótico y sin fe. Inició la sesión con un epígrafe, unos versos de Sábines que alentarían a las alumnas a integrarse a la discusión sobre la poesía...

Con el avance programático, la maestra pudo enterarse de los primeros escarceos sexuales de las muchachas, de un caso de lesbianismo, de un amor platónico por el profe de sociales, de los amores rosas en la nevería y

el parque. Los recados y las cartas eran polizontes que se colaban a su lista de asistencia, a sus libros de texto, a su bolsillo abierto, a veces engrapaban a la tarea, o navegaban con pseudónimo en la marea de renglones por calificar.

Los consejos solicitados, las sugerencias pedidas, llegaban a través de los cuentos de Cortázar, de Borges, por medio de los poemas de Bécquer y Neruda, los diálogos de Usigli y de los poemas de José Martí. Y para los más descoloridos semblantes, la remitida acercaba la paleta de Van Gogh y los rojos luminosos de Diego Rivera. Era un placer verlas recitando a Sor Juana o intentando la escritura de minificciones a lo Monterroso.

Nunca pudo decírselos, pero a veces se descubría a ella misma entre las butacas, con sus quince años cumplidos y el dolor secreto de la virginidad perdida, con el expediente negro que la psicóloga no supo interpretar, con la pregunta directa que siempre soñó que alguien le hiciera, pero que nunca llegó.

Una mañana como todas las de lunes a viernes, su paso rápido por el patio del colegio fue interrumpido. La detuvo una vocecita que intentaba ponerse el impermeable contra las lágrimas. La maestra dudó si la escena formaba parte de esa mañana o de otra del pasado... sí, decididamente lo soñaba, porque el relato que estaba escuchando ya había sucedido hace muchísimo tiempo.

CUANDO TIENTA LA NOCHE

-Aviénteme su bendición madre- gritó Rebeca de frente a la quejumbrosa puerta de madera, red de sus albos sueños.

Doña Eloísa signó la cruz sin localizar la voz, movedizo el rosario entre sus faldas, sin preguntar destino ni retorno. Rebeca caminó hacia el anonimato, sin palabras, sin gestos. Sin roces buscados.

El sol, trapecista fatigado, se dejaba caer en la malla inmensa, desalojando sombras.

Por las ventanas, como fotografías en blanco y negro, las agrietadas viejas de un solo ojo fisgoneaban pantorrillas. En los bares, los profetas falsos, los serviles y los desocupados entonaban canciones aritméticas, de ascendencias y descendencias.

Y allí, en la propicia noche, donde el rímel pare mujeres y el licor absorbe conciencias, Rebeca colgó en el perchero de un hotel non santo, su nombre, sus medias y su fama enana.

Tirado en el suelo su vestido discreto, desató el moño del presente de una oculta virginidad que le regaló su rostro pedernalesco.

Doña Eloísa se quedó sentada, con uñas destrozadas a fuerza de girar un rosario circular e interminable.

COPLE

Sentí su voz, mojada y dulce, oliendo a oscuridad...

—Al Hotel Imperial, por favor—. Abrió la portezuela trasera y se recostó suspirando. Mediaba entre nosotros un círculo de fuego, que aspirando, se acercaba cada vez más a su boca.

Era una mujer fechada en 1920, aromada de azucena. Hilos negros encarcelaban sus rodillas, amorosamente unidas. Olfateando su virtud ascendí por la Avenida del Sur, indagando en su gesto el posible oficio.

Entonces serpenteó la palabra. Cerca del volante, como impaciente tira de papel se escuchó la pregunta:

— ¿Es usted actriz?

—Lo fui hace tiempo

— ¿No me diga? ¿Y luego por qué se retiró?

Suspiró más hondo, agregando:

—Lo mío fue escribir versos y luego...

— ¿Cómo?, actriz y escritora...

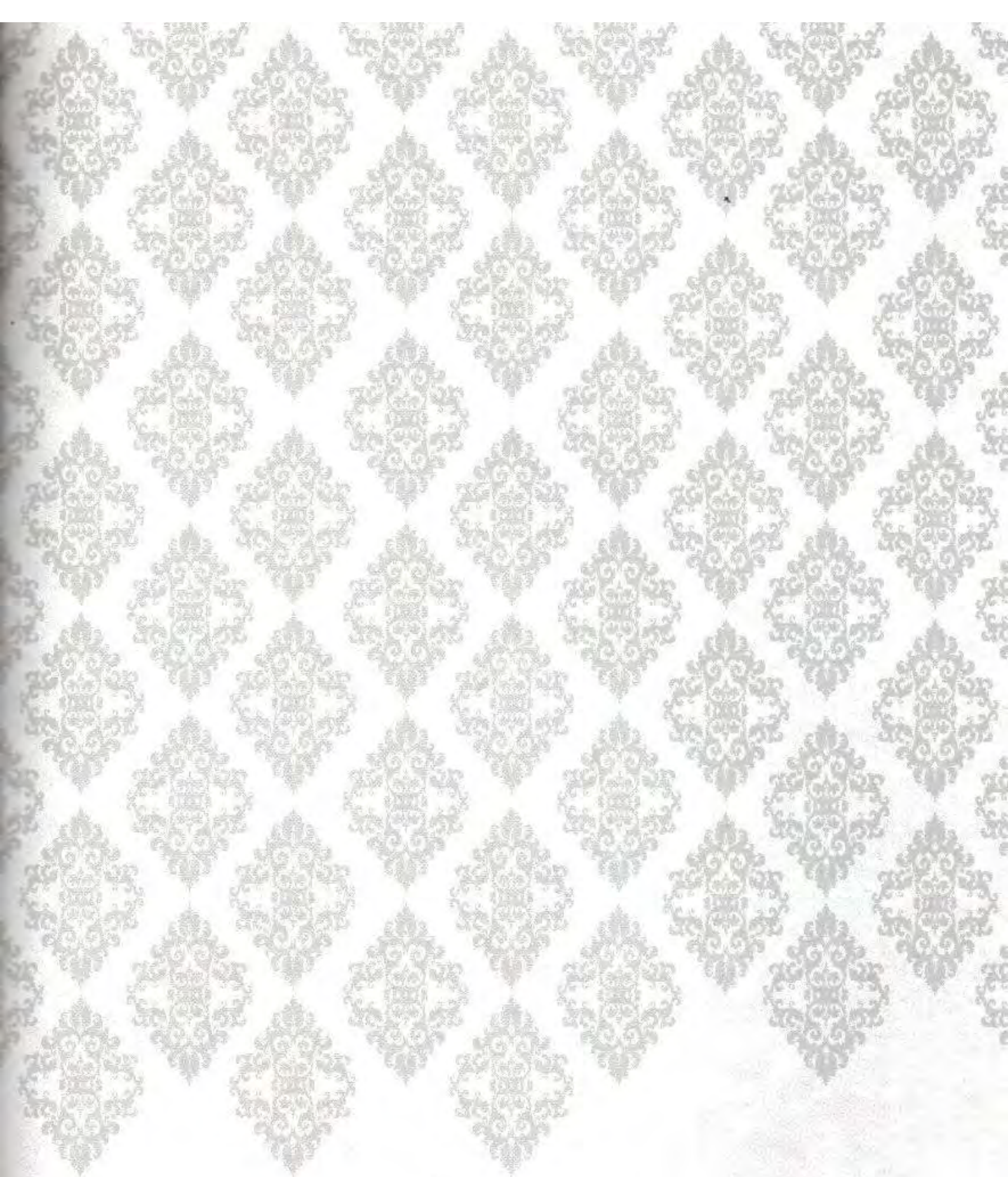
No supe si hubo más palabras. Me entretuvo el ruido circular cuadruplicado. Extasiado en neones avanzaba sin prisa sorteando nombres mitológicos: Filis, Penélope, Iliona, Eone...

Salí de mi adormilamiento cuando una voz aguda partió la noche en dos. Una mujer voluminosamente preñada apareció en silueta. La poeta accedió a hacer parada. Había una casa-cuna muy cerca.

La actriz recordó la fábula del parto de los montes, diciéndole a la que rebosaba en vida que todo estaría bien, retiró de su anular izquierdo una constelación diminuta y solemnemente la puso en la mano derecha de la parturienta.

—Para el futuro ratón— le dijo.

En ese momento llegamos al lujoso pórtico del Imperial. La dama entregó un billete de alta denominación y descendió, al hacerlo, rodó un frasco vacío de anfetaminas. La vi alejarse de prisa rumbo al hotel, mientras sentí caer un pequeño cuerpo, húmedo y viscoso, en mi asiento de acrílón.



MUJERES TRÁGICAS

ESPEJISMO

Había escuchado desde niña que mayo era el mes de las novias, el mes de María.

Sus dos amigas íntimas hicieron sus respectivas bodas en ese mes, brindando con el pueblo debajo de los rojos tabachines florecidos.

Una maldita embolia fue la causa de su soltería. El novio se le hizo para atrás una vez apalabrados y ella no pudo culparlo de renunciar a colocarle un anillo en aquella mano siniestra y retorcida. ¿Cómo podría él besarla en la boca si sus labios eran ahora oblicuos?

Las amigas se volvieron cada vez más lejanas en sus charlas: júbilo por los embarazos, anécdotas en torno a los críos, celos, quejas, aniversarios de bodas.

María Virgen se quedó así, como su apellido, sin novedad que contar... envejeciendo.

La gente olvidó su nombre de pila: ahora era “la chuequita”. Pobre hasta el remiendo, prefirió comer una vez al día que exhibir en las calles su miseria física. Lo poco que daba a hablar se suscitaba el 24 de mayo, cuando para recordar su santo visitaba el templo. Allí debió conocer a Otón, el hombre que la empezó a cortejar apostado afuera de su casa dos o tres veces al día, chiflado como él solo.

Lo cierto es que se les empezó a ver por el pueblo: en el atrio del templo, en el mercado. Luego se supo que andaban juntos y las lenguas rápidas dijeron que “la chuequita” amanecía acompañada.

María pensó en recobrar su nombre. Alborozada, sin temor al qué dirán, contenta se vistió cuando él le dijo que en la tarde irían a la Basílica de Zapopan. María hurgó en sus cajones de soltera buscando agua de rosas. Se perfumó los pliegues de las orejas, siguió con paso ilusionado a Otón por las calles de la recién nombrada ciudad de Zapopan y se detuvo sin aire junto a la puerta de la entrada de la imponente basílica. Otón se quitó el sombrero.

—No te equivoques le dijo entre dientes. Estaré a unos quince pasos, vigiándote. De aquí en adelante todo lo que recojas será para mí.

EL CALLEJÓN DE HIELO

Quien ha vivido un verano en Tijuana conoce la temperatura del infierno. Las prioridades son beber agua y ocultarse del ojo amarillo del sol en las horas del mediodía. El transeúnte más común es el hielo, el que se pasea en cubetas de colores que deambulan de prisa, por temor de convertirse en baldes de agua.

Dos veces por jornada la pequeña Dolores busca la vieja cubeta para ir a compartir hielo. El expendio queda a unas cinco calles de distancia, las que pueden evitarse cruzando por un callejón estrecho. Dolores siente un poco de inquietud cuando lo atraviesa porque allí trabaja Clarisa, la mujer de labios rojos y sonrisa grande que se guarda billetes húmedos en los pliegues de la blusa.

La niña mira de reojo cuando la mujer retoca las pestañas con una tinta morada. Le gusta observar la raya de seda que divide las pantorrillas en dos y la cintura adornada con un listón, que se une o destaca como parpadeo solar.

Cuando llega el otoño Clarisa cambia a los tonos cafés y en el invierno se viste de violeta. Los huesos de todos se enfrían, menos los de la mujer,

que no cambia el tamaño de su falda ni pone mangas a la blusa festiva. Por la estrechez del callejón van pasando: el sudor, el grito, el carmín diseminado.

Dolores los ve repetirse, estación tras estación, en invierno como en verano.

Una tarde le sorprende ver a Clarisa dibujándose la raya intermedia de las pantorrillas con el lápiz de las cejas. El hielo de la cubeta empieza a derretirse, se convierte en agua. Su mirada de interés recibe una recompensa: un listón naranja que engalanará su cintura.

CONGELADA

Para JMG

Una pequeña hormiga asciende cautelosa por la curva del hombro descubierto, mientras que en el campanario cercano se anuncian las cinco horas... la ventana permanece oscura. Un olor a humedad revela que ha estado lloviendo buena parte de la noche. Juan toma conciencia de que otra vez ha amanecido solo y para no sentirlo, indaga tras el cristal de apariencia transpirada: busca cualquier cosa, una voz, una sombra.

Descubre a la luna guarnecida en el tejado del bar, alumbrando a una pareja de trasnochados que la rutean, sintiéndose poetas.

El sudor pegajoso de finales de mayo hace que Juan se levante malhumorado, deambula por el departamento sin muebles, hurga sin objetivo entre los papeles esparcidos por cualquier parte, juega a buscar figuras humanas en el techo de tirol. Se dirige a la nevera con la certeza de que está vacía, y se encuentra en el congelador apenas una cerveza.

Retorna a la habitación desordenada y abre el closet por inercia. Una hilera de fantasmas de algodón reposa sus arrugas. Esparcidos por el piso, los pantalones esperan manos femeninas que les regresen la verticalidad.

Cuando Juan se asoma hacia la ventana: decenas de empleados y obreros caminan tan apresurados como los segunderos de las manecillas del reloj. Él suspira su flojera y mira al disco del teléfono sin saber a quién llamar.

Cuando el hastío lo colma, piensa en Marcela: se le ocurre que es hora de comer algo. Marca los siete números de la casa de ella y le sugiere el desayuno. Ella llega con los cabellos estilando, la víspera se ha bañado, pero, para él, es la mujer que descongela, cada que tiene sed.

DESCRIPCIÓN ROTA

Mi abuela era una mujer que no tenía cumpleaños, llegado un día tristísimo, decía apesadumbrada: Venga el pastel, que hoy cumplo cincuenta abriles.

Más tarde, mientras se oreaba la luna, arrastraba sus viejas babuchas y metía el expediente de otra jornada en el armario, el que iba a sumarse a la montaña gris, parduzca y polvosa.

Luego se permitía un prolongado suspiro, que no inventariaba. Sus nietos éramos muchos, tantos, que cuando nos sentábamos a la mesa no recordaba exactamente nuestros nombres.

Sembraba rábanos y cebollas, temerosa siempre de la guerra. Creía firmemente en las marinas sirenas y fantaseaba con la almohadilla trasera de los kimonos japoneses, opinando que los niños eran amamantados en la aparente espalda, mientras las madres recogían arroz con la cabeza al revés.

Subastaba, anónima, los libros del abuelo, y me castigaba cuando, atónita, veía los demonios de Doré, espumándome con abundancia ojos y manos,

luego de rescatarme de la oscuridad, que mediaba entre colchón, tablas, suelo, chanclas y mocasines nuevos.

Devota del matrimonio, mezclaba alcoholes y agua, carmines ajenos y jabón.

Negro maniquí sin pasos es mi abuela. En el exilio sus sirenas, vela al sol cada día. Compra rosas blancas para el marido muerto y las reanima con las aspirinas que el propio utilizaba para vivir más.

Nunca aprendió a nadar, por eso mima perros ágiles. Está convencida de que, abrazada al cuello de alguno, podrá cruzar el río mortuorio para llegar, ilesa, a la orilla, a la de la eternidad.

RETORNO A ESCENA

Cuando llegó a la puerta de la que fuera la capilla, un temor de confesionario le empantanó los pies. Indecisa, revisó los muros verdes de vegetación microscópica, vértices de las lagartijas que no tardarían en buscar el calor del sol.

Avanzó colgando la mirada en las frondas que habían invadido el minúsculo coro, y jalada por un amargo recuerdo, fue a dar al nicho vacío de la virgencita de San Juan, la olvidada protectora de los viajeros.

Magdalena se quedó quietecita entre los trinos de pájaros que iban de aquí para allá de a brinquitos, mientras ella apenas podía respirar. Un vuelo de palomas le trajo a la memoria la imagen del blanquísimo pañuelo en el que guardó por años el que sería el último beso de Luis.

“Ni le digas nada a la Nena, pero Chava me contó que Luis se casó hace unos meses en Pleasanton... ¡quién sabe qué pasará con la criatura que ella espera!” Para Luis las palomas eran ratas con alas, sin embargo a ella le gustaban por sus ojos de lenteja de aire.

“Ora que Luisillo empieza a caminar, va a necesitar zapatos de a de veras y la Nena no creas que gana mucho de gata...”

Cuando iban juntos a misa, jugaban a las estatuas de piedra; en medio del silencio de la pequeña nave, se les veía como a una pareja pétrea, enlazadas sus manos, inmóviles sus cuerpos. “Dizque Luisillo se va pa’l norte, se la encampanó el abuelo, que manda a la doña también, pa’ que visiten al hijo”.

Soñaba con tener un hijo varón que anudara sus carnes para no separarse nunca. Querían que tuviera las manos grandes de él y la sonrisa breve de Magda, amor, amor de un rato, como la flor que aparecía de pronto, para morir ese día.

De pie frente al nicho vacío, Magdalena revivió la confesión. La figura fuerte de don Luis se plantó de nuevo en su memoria: manos recias sujetan sus hombros desde la espalda con olor a agave y palabras de amores no comprende mientras siente el jalón de trenza que hace girar su cuerpo para marchitar sus senos en las manzanas del viejo que traza los mapas de su carne virgen abriendo senderos e irrigando surcos de nada vale gritar la capilla está vacía es la fiesta de la virgencita de San Juan la protectora de los viajeros no lo mejor será irse lejos no lo decente es hablar con Luis y contárselo todo pero padre qué vergüenza qué voy a hacer hija resignación y fe en Dios.

Quesque un día después de que el chiquillo se fue p’al norte, la Nena le pegó dos tiros al suegro, sabe cuantos años le echarían, porque no supimos más de ella, pero vieras cómo se parece a esa vieja pelona que acaba de entrar a la hacienda preguntando si la capilla todavía está abierta.

CHUCHO

La lluvia arrecia detrás de las ventanas. Papá está por llegar de viaje. Mi madre vuelve a calentar el café mientras lava los platos, para después recibir con una taza humeante a su esposo. Mis hermanos van durmiéndose uno a uno, hasta completar seis.

—¿Dónde están mis siete enanos?—, preguntaba la voz de mi papá, sacudiéndose el agua de los cabello que han comenzado a ponerse grises. Paola abre un ojo, finge molestarse porque la llamen enana a sus catorce años, pero el actuado enojo pasa a ser sorpresa verdadera cuando observa que papá ha llegado. —¿Y ésa?, ¿quién es?

La niña intenta esconderse entrecerrando los ojos —Se llama Perla, y es tu prima. Tu tío Augusto murió y Perla se viene a vivir con nosotros. —¿Qué?, exclama mi madre, poniendo la taza de café sobre la mesa. No César, ya somos muchos. —Donde comen nueve, comen diez, afirmó papá. Mi madre calla. Sé que tardará varios días en volverle a dirigir la palabra a mi padre, quizá hasta que él regrese del próximo viaje.

—Concha, ven a ayudarme a lavar los platos.

—Se llama Perla, mujer.

—¡Concha! ¡Ven a fregar los platos!

Perla se convirtió en pocos días en la sirvienta de la casa. Mi hermano Víctor le cortó el cabello mientras dormía, trasquilando su cabeza en forma horrible. Mamá no dijo nada, le contó a mi tía Rosa entre sollozos que mi padre había tenido una novia que se llamaba Perla, antes de casado. Del tío Augusto no sabía casi nada, apenas que su mujer lo había dejado por alcohólico en un pueblo de la frontera.

—Vas a ver, chiquilla babosa, a mí nadie me ve la cara. El carácter de mamá se fue agitando cada vez más, se volvió gritona, grosera. Floja. Recuerdo la mañana en que aconsejó a Perla que se fuera de la casa. Le explicó que viviría mejor en un orfanatorio: allá tendría su propia casa, su comida y hasta juguetes.

“Buscas a un policía, le dices que estás perdida, no se te ocurra mencionarme, y a tu tío menos”.

Yo creo que Perla estaba cansada de calentarles los pies a todos a la hora de buscar un lugar dónde dormir, y sé que soñaba con ir a la escuela. Dijo que sí.

Perla Cabañas volvió a aparecer en nuestras vidas diez años más tarde; se casaba y quería que mi papá la entregara al novio en la iglesia. Mi madre se opuso. Jesús el futuro marido, era un viudo joven con un niño pequeño. Mi padre estuvo hablando un largo rato. Perla salió del cuarto furiosa... yo quería saber cosas de ella, de su vida lejos de nosotros.

Salió tan rápido de la casa que ni siquiera alcancé a despedirla. Detrás de ella, apresurado y con cara de miedo, un niño como de tres años se afanaba en seguirle el paso, mientras ella, con voz enérgica le ordenaba.

—Aprisa Chucho, que no tengo tu maldito tiempo.

EL NOVENO FUEGO

Cuando era niña no había querido nunca ver la cara de los muertos. Los lívidos rostros le producían un miedo húmedo que le golpeaba la cabeza y le hacía nudos en el cuello. Esta vez quiso mirar, observar, pudiera decirse, el rostro amarillento y violeta del abuelo.

—¡Niños! Tráiganse la lotería. ¡David! Prende la tele y tú, Eduardo, ponme un disco de Agustín Lara. ¡Sandy! Tráeme el libro de *La Divina Comedia*...

—¿Y para qué tanto, abuelo?, luego ni juega, ni ve, ni oye y mucho menos lee...

—¡*Shut up!* Escuincles del demonio, ¡vieja!, sírveme un tequila, pero ¡muévete inútil!

El viejísimo traje gris le sentaba bastante bien en situación tan solemne. En la solapa, un círculo de fuego marchito daba cuenta de sus excesos sociales.

—Las viejas son como las sandías— decía mientras introducía los dedos índice y medio en la pulpa sangrante del óvalo fresco. —A todas les gustan las mismas cosas.

Lo habían rasurado con extrema precaución, tan delicadamente como había dignificado. (La tía Pina se había quejado de que lo afeitaban con la maquinilla eléctrica que él tanto odiaba, regalo de la nieta primogénita en aquella navidad de intercambio obligado).

—Nomás que hagas ruido mocosa. Muévete hacia la orilla de la cama y cuidado con despertar a la vieja. A ver quítate eso. Muy bien, sshh, no llores desgraciada ¡*Shut up!*

De las comisuras le colgaba, en medio de las facciones rotundamente inmóviles y graves, una sonrisilla de estúpido triunfo, ensalivado e hipócrita.

—Te voy a asar en el horno, para que sepas lo que es el infierno, adonde te vas a ir derechita si sigues desobedeciéndome. ¿Qué no sabes que en el noveno círculo están todos los traidores? ¿Qué necesidad tenías de contarle a tu abuela de nuestros juegos?

De pronto sintió una mano tibia sobre su hombro derecho y, al girar la cabeza, una sonrisa angélica ataviada de sotana le dijo:

—Ya no llores, hija. Afortunadamente Julio alcanzó la confesión. Ahora debe estar gozando de la misericordia de Dios Nuestro Señor.



PERSONAJES

RELOJ DE SOL

1. Patio de agua

Hay un niño en el patio que alumbra los girasoles. Se llama Óliver Almádez. Está jugando con las sábanas blancas que su madre tiende. Dice que son fantasmas y que el agua les impide volar para esconderse entre las nubes.

No recuerdo si en el libro maya Canek leí algo parecido, o si me lo contó mi abuela, o quizás todos lo sabemos: no importa. En las sábanas húmedas reposan los fantasmas.

Óliver salta corre grita pateo la pelota río se lleva las manos a la boca mamá vamos a jugar futbol a ver si así despiertan los fantasmas fíjate cómo los asusto con la bola mamá quiero que se despierten, ándale fantasma, ahí te va...

Yo recuerdo a las muchachas celtas que lavaban los sudarios de los muertos, telas algodones para las almas inquietas a veces las manchas del jabón

detergente son marcas azuladas y las mejillas de los vivos se decoloran con los muertos sin sepultura.

Óliver patear con ganas el esférico balón, la sábana más corta cae al piso de tierra, su blancura se vuelve lodo, el niño mira el lienzo de algodón y grita consternado: el monstruo negro se va a tragar la sábana mamá, míralo con sus dientones, los girasoles mecen su polen amarillo, ven a salvar al fantasma, échale agua mamá, un viento se regocija entre los pliegues colorados, gané, gané, el monstruo no pudo pararme el gol, bu, bu, maleta tan grandote y tan maleta.

2. Patio de tierra

Óliver transporta una silla hasta el patio. Son las cinco de la tarde. No hay sábanas en los tendederos laminados, las sogas antiguas las fue desatando el tiempo, el agua, el viento.

Hasta los zapatos recios, llega el rumor de una hoja, son las cinco de la tarde. Óliver busca con la nostálgica mirada los pétalos amarillos de las flores, observa que el patio sigue siendo tierra, mas por ningún lado se escucha el agua.

Los monstruos se han ido. El reloj de la iglesia vecina anuncia las cinco de la tarde.

PLAY, RECORD, PAUSE

Para Héctor Gómez Oliveira

Cuando cierro los ojos puedo ver el sol anaranjado y una porción de mar. En las bardas de piedra del malecón, una pareja inmóvil. El sol se aburre de mirarlos y juega con sus sombras conforme pasa el tiempo. Un barco enorme se aproxima para aguardar el paso de la noche en el puerto. El hombre pregunta si a ella le gustaría saber adónde fueron a parar todas las cartas. La mujer niega con la cabeza... –Las tiré al mar, por supuesto. Cada ola me trajo desde entonces el eco de tu voz.

Para contarte esta historia, tendrás que imaginar el mar. Vamos a un puerto con naves blancas, donde el tiempo, con su paciencia de olas, parece no cambiar... Allí, sentados sobre la barda del malecón, están los que nunca debieron separarse. La mar. Un hombre sin botella. Las ondas azules se llevan las cartas. El hombre las deja ir, les da la espalda. Años después va a contarle a ella que las tiró al agua, una tarde de extravío...

El mar asolea su ropaje azul. Aguarda con paciencia de olas el encuentro nuevo de los dos amantes. Ha pasado tanto tiempo, que la historia es casi un mito: dos que no pudieron amarse. Un puerto, muchos barcos, cartas

blancas que ella escribe y que él arroja al agua una tarde de extravío. Hoy la mar observa a un hombre que escribe: Reinventa la historia una y otra vez, sin poder concluirla, porque está siempre allí, saltando, sin principio, ni fin.

CÓMO

Cada vez que veía al mendigo yo me preguntaba en qué lugar de su cuerpo guardaría el dinero, porque muchas veces lo había visto comprarse pizzas de pepperoni y botellas de Bordeaux, cosecha 1957, en la gran bodega de vino de Federalismo.

Lo primero que se me ocurrió era que lo traía en el forro de su saco mugriento. ¿O no era allí donde el famoso Polidor había guardado 80,000 pesos, según cuentan quienes hurgaron al amortajarlo?

Pero el lunes el mendigo de la baba interminable no traía saco ni camisa.

Como los bolsillos del pantalón iban de fuera, descarté de una vez por todo ese lógico depósito monetario y me concentré en los zapatos, sorprendiéndome al visualizar unos tenis Nike manchados arriba de las manchas. A los pocos días el mendigo andaba descalzo. Me quedaba la idea de un bolsillo secreto del pantalón deforme, algún trecho de su bastilla.

A la interrogante de dónde guardaba el dinero, se sumaba otra: cómo lo conseguía, puesto que con esa facha, únicamente pepenando la libraba.

Se me ocurrió que el hombre no portaba su dinero porque lo guardaba en casa. Pero la víspera de navidad pude observar cómo dormía en los portales, semicubierto con grandes cartones de papel higiénico.

Entonces pensé que alguien le daría dinero de vez en cuando y en mis ocios de oficinista me dedicaba a deambular por los sitios de su costumbre. Una tarde coincidí en su andar hacia Palacio. Me miró tan detenidamente que sentí que él comprendía todas mis preguntas; estupefacta, pude ver cómo de una cartera de piel marrón atada a la cintura, extraía una tarjeta bancaria.

Una nota luctuosa en el periódico meses después me informó que año tras año, un fondo editorial le depositaba las regalías de su libro *Cómo vivir sin esfuerzo*, decimoséptima reimpresión.

CHAMBA DOBLE

"No es posible que la palabra adiós regrese a despedirse"

Raúl Renán

Recuerdo que cuando estuve enfermo por exceso de trabajo, fue cuando conocí a la señora de al lado: doña Gramática, quien vino a visitarme.

Me contó que uno de sus hijos se había ido de la casa: el pequeño Participio. Cuando me levanté de la cama me di cuenta de que la familia de doña Gramática se había puesto muy triste. Los hermanos mayores, Sustantivo y Verbo salieron a buscarlo.

Los siete hermanos restantes decidieron que era urgente un consejo de familia. Artículo determinó un plan: Adjetivo lo calificó de ridículo, Conjunción relacionó los hechos y la hermana Interjección exclamó: ¡Ay!, sin Participio, Adverbio se volverá callado, casi como Preposición, que nunca dice nada. Pronombre se ofreció a ocupar el lugar de Sustantivo mientras éste regresaba, para ser el sostén de su mamá, la afligida Gramática.

Cavilando, yendo de aquí para allá, Gerundio tuvo una ingeniosa idea: le pidió a su hermano Adjetivo que se disfrazara de Participio. El disfraz fue

tan perfecto, que aunque pasaron los años y los años, Doña Gramática siempre los confundió.

Yo me pregunto todavía cómo fue que nunca cayó enfermo, si trabajaba dos turnos a la vez.

FANTASMAS

No sé qué le pasa a mi mamá en estos días: dice que la casa está llena de fantasmas y llora a cada rato sin que ninguno de nosotros le demos motivo.

He notado que se baña dos o tres veces al día, se tarda muchísimo y su cara no mejora, hasta me parece que con el vapor se le enrojecen los ojos y se le hincha la nariz.

Ayer me pidió que fuera a la esquina a comprarle el periódico y me equivoqué muy feo: traje uno que no tenía donde se anuncian los trabajos y las casas solas, tuve que regresar a comprar otro diario y ella se la pasó lee y lee las letras pequeñas de “Alquileres casas” y “Alquileres departamentos”.

Hoy al mediodía anduvimos caminando con mi hermanito por todas las calles del centro: me asombró que haya tantas casas tan distintas a la mía, unas tienen el techo altísimo y las paredes gordas como enciclopedias, otras parecen pastel de vainilla, con sus decorados finos junto a lámparas colgantes... la que más me gustó fue una casa de ladrillitos rojos, como de chocolatitos de cereza... ¡ay! Yo creo que nomás estoy pensando en

comida porque mi mamá tiene días que no cocina, llenó el refrigerador de salchichas, jamón, leche, huevos y yogurt, y mi hermana y yo hemos estado comiendo huevos rápidos o yogurt con frutas a cualquier hora. Algo raro está pasando... ¿será que viene otro hermanito? No, no lo creo, hasta donde sé las señoras embarazadas quieren comer todo el tiempo, no ven fantasmas, ni se quieren cambiar de casa y mucho menos vivir bajo la regadera. Me gustaría preguntarle a mi papá lo que sucede, lo malo es que hace como una semana que no lo veo, ha de estar llegando tardísimo y levantándose de madrugada, porque a la hora de irme a la escuela, él ya no está en la casa.

El domingo mamá nos levantó muy temprano. Había comprado un montón de cajas de cartón que estuvimos armando de prisa, porque a las diez de la mañana llegaría la mudanza. Mamá no quiso cargar con los muebles, empacamos la ropa, los libros, los juguetes de Beto, su cuna, algunos utensilios de cocina y una que otra cosita. Nos vinimos a la casa de ladrillos rojos, en la cual mi mamá ya había instalado una estufa nueva y un refrigerador como de mi estatura. Todo estaba muy bien hasta que le pregunté a mamá de quién era la recámara, porque faltaba otra. Entonces ella me abrazó muy fuerte, y dijo que a partir de ese día dormiríamos juntas, porque papá había decidido vivir en otra parte.

Entonces comprendí lo de los fantasmas: papá tomando su café a media mañana, papá leyendo poemas en voz alta, papá con su gabardina negra saliendo a ver a los amigos, papá alistando sus cosas para irse al trabajo, papá a las tres de la mañana sin sueño, tomándose otro café antes de dormir.

GUERNICA

Era de noche cuando un tropel de caballos cruzó el umbral de mi casa. Sobresaltado busqué la orilla del sueño intentando despertar. Mi palma derecha se abrió queriendo asir el día, y al distenderse fue rasgada por un cuerno de toro. Un olor acre se mezcló con el grito de una mujer de senos flácidos que lloraba por la muerte de su hijo. La sala de mi departamento se llenó de cadáveres inocentes... manos anónimas colgaron moños negros sobre dinteles. En mi sueño tuve conciencia de lo que los psicólogos afirman: todos soñamos en blanco y negro. Yo estaba atrapado por mis propios párpados cerrados y veía más que conciencias flageladas y miedos anudados en las gargantas. Una voz imperativa gritaba desde los cielos, mientras que mi cuerpo lo traspasaban gotas calientes de sopor afiebrado. El bombardeo fue inmisericorde. El roble legendario de la población española dejó de ser símbolo. Mis orejas despertaron sin que las pestañas pudieran levantarse, era casi como estar tras bambalinas siendo testigo de todo y de nada, porque aquello era un sueño, pero mi boca olía el sonido de la muerte. Pensé que si desclavaba el cartel del muro el sueño se escurriría por debajo de la puerta, y en medio del sueño me fijé que estaba abierta. Un miedo más grande alertó mis sentidos... ¿Cerrar la puerta significaría atrapar para siempre entre mis paredes el cuadro del "Guernica"? Dos

manos levantadas al viento me hicieron abandonar la reflexión, un aullido humano rompió los cristales del ventanal donde se aposentaba la luna convirtiéndola en minúsculos pedazos. La oscuridad fue total. A lo lejos un llanto de mil días derivó a un sollozo apagado, con sonido a duelo. Caminé a tientas entre los despojos y los ladrillos fragmentados. El olfato me guió hacia la salida. Corrí a mi trabajo dormido, como quien busca su segunda casa. Me dijo que me esperaba desde 1939, para hablarme de sus muertos. No puede contestarle nada, yo sólo quería despertar. Caminé de regreso a la casa: se me había ocurrido despertarme a mí mismo, con voces de la entrada me arrebató el azul. Rehiletes amarillos, girando a toda luz, se habían prendido del techo, en círculos placenteros. Suspiré tranquilo. Ahora soñaba con otro cuadro.

ALIMENTAD TODA ESPERANZA

La ciudad devastada. Ni un solo muro en pie. La primer tarea (en recuerdo de lo grandioso) fue levantar una muralla de mil puertas: a cada una se le colocó un letrado y un hombre; un sanpedro terrenal capaz de discernir lo auténtico. Los mil oficios ya no eran perceptibles en las miserables vestiduras de los sobrevivientes; había que agruparse, reiniciar las minúsculas ciudades que conformarían la polis.

Frente a la puerta médica se reunieron los más: sabios y charlatanes entre los que era difícil decidir a quién dejar entrar y a quién impedirselo.

El portero de la ley no sabía cómo manejar la balanza que tenía como adminículo... enviaba al censor de la puerta de los carpinteros, porque allí los olorosos a pino y a caoba guardaban con nobleza sus pases de entrada.

Los contadores dieron la noticia: el problema más grave se dio cita a la puerta de la poesía: los inéditos se formaban para la evaluación, pero los ya editados, preguntaban por otras puertas posibles, en aras de una originalidad individual que no admitía las mezclas. Muchos lamentaban la pérdida de sus libros foliados, y los mayormente ansiosos, llevaban

como prueba un equipaje verbal de aproximadamente quince minutos, argumentando que era ese el tiempo justo que un lector tardaba en leer algunos de sus libros de poesía: panes multiplicados que algún gran poeta había amasado en cada lector.

Trascendió que 999 porteros cumplieron a satisfacción con su trabajo.

LA FRONTERA DE NIEVE

Elegamos al pueblo de Acachuén a las siete de la noche. En la carretera vimos alienados como doscientos soles de cobre, convertidos en astros falsos que refulgían como si fueran de verdad.

Las casas eran de ladrillos oscuros, con plantas rebeldes instaladas entre los adobes. Buscamos el número 4 de la calle principal, encontrándolo con rapidez en ese pueblo de diez manzanas: un naranjo ocupó nuestra visión completa al abrirse la puerta. Muy pronto nos ofrecieron unas sillas bajas de madera, y la cáscara roja de las naranjas nos regaló un olor fresco y limpio, que contrastaba con nuestras ropas de luto. Las mujeres llevaban rebozos azules y hablaban en la lengua tarasca. En un español difícil me ofrecieron que me recostara, mientras que los tamales de canela y anís se cocían del todo. El insomnio se recargó en el aroma dulce y me quedé dormida.

Cuando abrí los ojos amanecía. Indagué en el reloj pulsera la hora: eran las seis y media. Tal vez alguien vendiera café u otra bebida caliente.

Decidí salir a conocer el despertar del pueblo. La calle me recibió con su angostura de tierra suelta, dejándome ver tejados a dos aguas y una plaza inmóvil. Una campana me guió hasta el templo: construcción rústica del siglo XIX apenas con una pareja de viejas envueltas en el rebozo amoratado. Había globos, cirios y veladoras en recipientes pintados a mano, como alguno que mi madre guardaba en el ropero. A la salida del templo, había un camino bordeado por cafetales y aguacates duros a la mano del caminante.

El amanecer me rasgó sus colores a pesar del intenso frío.

No serían ni las ocho cuando creí prudente regresar para tomar el desayuno. El cielo se cargó de gris celeste, para recibir una limosna de hielo: nevaba, no cabía la menor duda.

En una región del México centro-occidental aquello era insólito. Era como atravesar la frontera de lo que se sueña.

Recordé los cuentos nórdicos que mi madre leía a mis ocho años y la fantasía antigua de formar muñecos de nieve con nariz de zanahoria. Pero en Guadalajara el clima más extremo era el de la tormenta, y aunque fuera torrencial todos la disfrutábamos por su olor a jarro mojado.

Las calles se inundaban invitando a la gente a que ahogara sus pies ciegos al lodo y los probables vidrios.

Escurrída de lluvia buena me podía sentir tocada por la mano de Dios.

Por más que mamá se molestara porque yo regresaba con calcetines negros del barro tibio, me gustaba sentarme a la orilla de la banqueta para decirle adiós al agua corrediza.

Esta vez el camino se veía distinto a través de las minúsculas nubecitas de hielo. Con una blancura de cloro sin olor.

Pensé en mi madre muerta y en su tumba recién abierta. El recuerdo de sus manos tibias calentó mis pies y a grandes pasos fui acortando el camino hasta la casa.

Algo pasaba: el paisaje me parecía distinto y la distancia enorme. Anduve caminando un largo rato, hasta que encontré una hacienda de adobes amarillos. Un hombre alto miraba incrédulo la nieve.

Le pregunté por Acachuén y me contestó que ésa era la Hacienda de Acachuén, ni más ni menos. Le expliqué que buscaba el pueblo y me dijo que el más cercano era el de Morelia. Le pregunté si la hacienda tenía una iglesia. Me indicó el pasillo que llevaba a la capilla. Hace un buen rato que estoy aquí y ya no me acuerdo a qué vine. He de tener una cara muy asustada, porque el señor cura pasa y pasa y ya me ha dicho tres veces que mi mamá no se ha de tardar.

LA FERIA

En el rostro lunar del danzante callejero, hay un pequeño círculo de tiza que me asusta. Él no lo sabe, ingenuo, se aproxima a la circunferencia del espejo de la portezuela haciéndome girar cuando busco el volante en un vertiginoso juego de círculos concéntricos: su rostro, su lunar, las niñas cítricas de sus ojos, el espejo.

Todo se ha duplicado, y de algún rincón secreto de mi cerebro salta el recuerdo multicolor de una feria mecánica: la anuncia el pandero del gitano, la imagen del raudo carrusel y la sombra de la gran rueda de la fortuna cuyo movimiento falso me atrapa por segundos. Entonces descubro que me he quedado sola entre todas esas redenciones metálicas, y mi pequeña voz grita... estoy perdida y mi afán por encontrar la salida solamente me conduce a la casa de los espejos, que me reproducen todavía más, haciendo de mí una minúscula niña perdida, que es incapaz de reconocerse entre tantas figuras...

Me regresa al presente el sonido sordo de un claxon, que anuncia luz verde. Entonces intento encontrar una moneda para el infeliz danzante, quien me lo agradece entregándome una bola de hilaza, para que con ella pueda encontrar el camino.

RETRATOS DE FAMILIA

Mi tía Anita no leyó nunca Don Quijote, pero hablaba frecuentemente de encantadores malignos que envidiaban su cuerpo y la blancura de su alma. Se obsesionaba con certeza de que estos despreciables seres le quemaban las piernas –tan fuertes y torneadas– mientras ella dormía, y se afanaba en mostrarnos las marcas inexistentes a las que tenías que valorar con un ¡Dios mío, qué barbaridad!, para que ella pudiera pasar a una conversación distinta. “Quién puede ser sino algún maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen”, me parece oírle decir como Don Quijote, antes de maldecir a vecinos y sobrenaturales personajes, amasados por su cerebro esquizofrénico. Me figuraba ver en ella al larguirucho Don Alonso Quijano cuando se quejaba de la “raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos”.

Anita vivía con su sudario de fantasmas que le impedían ser feliz.

En navidad visitaba con toda precisión, a cada uno de los hermanos, sobrinos y primos. No se le escapaba ni el más independiente. Era una Santaclós que pasaba factura, porque no se iba si no vendía uno de sus

absurdos adornos navideños, cruces, coronas y velas vestidas de rojo y verde.

Su casa era un cubil de gatos con los bigotes llenos de plumas, ya que ella los alimentaba con pollitos adquiridos en la plaza.

Los años sumaron sus días y la casona grande de la tía encogió corredores. Empequeñecieron las habitaciones y la sala gatuna, pero, sobre todo, la habitación de ella, que me pareció casi asfixiante cuando nos llamó a su lecho de muerte. Con asombrosa lucidez, hizo recuento de sus malas acciones a los oídos de todos, haciendo que nuestros corazones abatieran sus alas por el duelo inminente. Nuestros rencores lavaron su amargura en blancos pañuelos de perdón, y de los pozos profundos de la memoria los cubos arrojados al vacío rescataban sólo aguas cristalinas. Las oscuras alimañas comenzaban a morir de poco, dejando atrás recuerdos amargos, rencores viejos... De pronto, la sogá dejó caer todos sus metros de cuerda hasta el abismo: la tía abrió los ojos para siempre. Me tocó amortajarla en silencio. Quitó, respetuosa, las vendas que cubrían sus piernas vírgenes: de los tobillos a los muslos, una cordillera de quemaduras con olor a azufre se levantaba irreverente.

CUMPLEAÑOS ETERNO

Corría el año de 1945. Como todas las tardes, a las cuatro, Canuto abrió con todo cuidado la gran puerta adornada con clavos enormes que guardaban su casa, dejando al descubierto de la chiquillería un amplio corredor, con vigas de madera y muros azulosos. Confundida entre el rondín de chiquillos, Angelina esperaba con cierta impaciencia que el viejo terminara de sacar la mesa de los dulces. Pronto aparecieron los multicolores “borrachitos”, los jamoncillos de leche, los chicles de Talpa y las cajetitas de Sayula. Como trozos de fuego entre los blancos alfajores de coco, se veían los dulces de jamaica que caracterizaban al barrio y que todos los visitantes del Santuario buscaban a las puertas del templo cercano, sin saber que con Canuto eran mucho más baratos.

Esa tarde Angelina dudaba si comprarse una manzana cubierta de azúcar o un coyul enmielado. Canuto la miraba sin prisa, observando con placer el rostro ovalado de la niña, hurgando en sus ojos pequeños alguna señal que le permitiera adivinar la decisión que ella tomaría. Canuto recién cumplía los setenta y siete años, pero seguía conservando la ilusión por los niños, por la hija que siempre deseó... una niña que fuera en todo igual a su mujer, a la hermosa Victoria que vio marchitar el verano de su vientre

sin poder concebir. Y esa chiquilla, Angelina, bien podría haber pasado por la hija deseada. Angelina era su cliente favorita, quizá porque la sabía abandonada por su madre, tal vez porque lo enternecía verla cantar en las afueras del Teatro Cuauhtémoc, para ganarse algunos centavos luego de terminada la función del cine. Las tonadillas de Agustín Lara, con sus dedos de pasión y desamor, hacían sonreír a las parejas de novios, que resultaban los más generosos.

Por eso, cuando Angelina se decidió por la manzana, el viejo no quiso quedarse atrás, y le regaló de “pilón” un coyul natural, provocando en la niña una risita apagada, que le duró hasta llegar de brinco en brinco, a la esquina de la calle.

A las siete en punto, olorosa a perfume de gardenias, salió Victoria con el ánimo de acompañar a su esposo mientras éste recogía la venta. Era una mujer delgada y elegante, de manos finas que no habían tocado la artritis. Cuando, cincuenta años atrás, había accedido a casarse con Canuto, hubo de consultar a su confesor para escuchar una opinión autorizada: Victoria era trece años más grande que el pretendiente, hecho no muy usual en la cerrada ciudad tapatía. Para Canuto, Victoria representaba la belleza en plenitud y la dulzura atemporal. La amaba por su figura y su porte, y temía que su facha de ranchero y sus modales de hombre de campo obstaculizaran la boda. Desde que Victoria dijo que sí, Canuto dedicó todos y cada uno de sus días en honrarla. Para él, ella era un ser celeste que nada tenía que ver con las tareas mundanas, las cuales le evitó desde la primera mañana que amanecieron juntos. – ¿Y ya pensó lo que le gustaría hacer para su cumpleaños? – le preguntó Canuto a Victoria una vez instalados en el interior de su casa. “Qué cumpleaños ni qué nada... ya sabe usted que para mí, siempre será un día cualquiera. Pero eso sí, quiero que lo pasemos juntos todo el día, y que merendemos un flan de doña Pachita, la del mercado... ¡ya ve usted qué ricos le quedan!”

Canuto se fue a la cama con la intención de salir a primera hora por el encargo. Lo despertó el sonido frío de la lluvia de julio, con el gabán puesto se encaminó hacia el Mercado Corona. Al llegar a la calle 17 se detuvo asombrado; la corriente de agua era tal, que sin ayuda de un puente improvisado sería riesgoso atravesar... – ¿Quiere cruzar patrón?– le preguntó una vocecilla familiar. Eran Angelina y un chico igualmente alegre, quienes armados de grueso tablón hacían el oficio de Caronte en aquellas aguas arremolinadas. Canuto sonrió y pagó el servicio. ¡Qué ingenio de niños para ganarse la vida! –se dijo complacido. El regreso a la casa le llevó unos treinta minutos. Con el cielo despejado, cruzó el amplio patio de su hogar cantando Victoria, como lo hacía en cada retorno. Lo sorprendió el silencio de la oscura alcoba matrimonial. Un hongo de polvo se levantaba en una esquina, suavizado por la luz clara que descendía del techo, desde donde se había desplomado una viga. Canuto buscó angustiado a Victoria entre el desorden. La descubrió entre las sábanas de la cama, aún dormida. ¿Cómo podía seguir descansando después de lo ocurrido? Se acercó curioso a indagarlo. Victoria parecía parte de otra historia, lejana en su tranquilidad de sueño. Canuto no tuvo que buscar su pulso... comprendió que ya todo sería inútil.

Suspiró preguntándose si la muerte de Victoria había ocurrido antes, durante o después del desplome. Imposible saberlo. Trajo a la memoria sus palabras: “Pero eso sí, quiero que lo pasemos juntos todo el día”, y se sintió infinitamente triste. Arrimó a la cama una silla cualquiera y se dedicó a contemplar a Victoria con el mismo amor del primer día de su encuentro. Horas después, el sonido del aldabón callejero de su puerta lo llamaba con insistencia: Don Canuto, ¡don Canuto!, ¡don Canuuuuuto!, gritaban cuatro o cinco voces infantiles al unísono, hasta casi desgañitarse. Luego no se oyó otra cosa que el sonido del viento entre los árboles.

El temporal de lluvias llegó a su término. Las guayabas perdían sus últimos aromas en la tierra. Desde la azotea contigua al segundo patio de la casona “de los dulces”, Angelina contemplaba los rosales maltrechos, las primeras ciruelas amarillas, los niveos jazmines. El zacatal era enorme, una maraña de hierbas salpicadas de cempasúchiles dorados. Un gato vagabundo perseguía a dos ratoncillos grisáceos que terminaron por escabullirse entre la maleza. Angelina se alarmó. La tarde cerró sus puertas rosadas sin que, una vez más, la chiquilla pudiera saber a dónde se habían marchado el par de viejecitos.

Llegó diciembre con su romería festiva. Las calles del barrio se vistieron de papel de china y olores a buñuelo, charamusca y caña. Se atavió a los más pequeños a la usanza indígena, con calzón de manta y jaulita pajarera a las espaldas; el vocerío anunciaba con algarabía la fiesta popular, y Angelina planeó disfrutar desde las alturas.

Parapetada en la azotea de la casa de sus tías, distinguía perfectamente la cúpula del templo y el ir y venir de las personas engalanadas. La de malas fue que empezó a picarle un ejército de hormigas, atacándole los dedos desnudos de los pies y los tobillos. Angelina se sorprendió de la perfecta formación de los insectos, y, curiosa como toda niña, se puso a indagar de dónde venía aquella turba. Aunque estaba oscureciendo, la pequeña se deslizó por las bardas hasta tocar el suelo del patio abandonado... la hilera de hormigas era doble, pero el suelo, pero la línea más grande salía de la mesa olvidada de los dulces, en pleno corredor principal. La otra corría hasta una de las habitaciones; Angelina se decidió a explorarlo todo, el corazón se le había partido en dos y se le había trasladado, temeroso, hasta las sienes. Le escaseaba el aire en los pulmones, vacilaba su mirada en cada pared. Cuando empujó la puerta del cuarto un olor desconocido le aturdió los sentidos.

Aguzó la vista para rescatar el perfil de los muebles, dormidos entre la penumbra. De pronto los vio: eran dos bultos informes de tela, cabellos y huesos que despedían una hediondez insoportable.

No supo cómo regresó a la seguridad de su propio lavadero, ni cuántas cubetas de agua se echó a la cabeza para recuperar el habla.

Los vecinos interrumpieron sus fiestas para guardar un luto respetuoso hacia la fiel pareja, sin imaginar que el último deseo de don Canuto fue el de acompañar a su esposa en aquel cumpleaños eterno.

EL FESTIN DE LIVIA

Legamos a la casa de Petronio hace más de una hora. La fila para cruzar el umbral de la entrada crece a cada minuto, no puedo imaginar cuántos invitados habrá dentro, sólo los veo llegar y acceder de inmediato, mueven los labios de prisa en lo que imagino tarda el saludo.

Es una mañana fría y los esclavos queman carbón vegetal en la cocina. Puedo olerlo mientras que el muro de piedra enfría hasta la mirada. Allá arriba hay una ventana alta y pequeña, he visto tantas alrededor de la casa como esclavos adentro.

El secretario de Petronio, estuvo muy ocupado invitando a todos los amigos y a los hombres más ricos de Roma. Puso especial cuidado en los oficiales del ejército y en los funcionarios del gobierno. Muchos negociantes acuden a Petronio en busca de consejo, favores o dinero prestado. Petronio se ha puesto su toga de lana y ha bajado a la sala principal a recibir a los asistentes del banquete.

El primer plato es un pastel de aceitunas. En el segundo puedo elegir entre pollo, venado, palomas o jabalí. Tomo con los dedos un trozo de cordero

que se confunde entre las carnes y escondo en mi servilleta un pastelillo de miel y un trozo de tarta.

El vino convierte a las lenguas de los hombres en pájaros, luego se vuelven tozudos como burros y terminan violentos, como los leones. Un poeta espera el momento oportuno para declarar sus versos. Los músicos empiezan a sentir sueño y las lentas notas de las cítaras me empiezan a hacer el mismo efecto.

Hace muchos capítulos que leo. El libro disminuye sus páginas en lo que imagino amanecerá.

El festín de Livia. Es el último viernes que prometo ayunar.

OJO POR OJO

Para matar el tiempo, compró el tabloide de la mañana. Pasó la vista por la página editorial caricaturizada y leyó el correo. Ni se molestó en mirar los encabezados deportivos, tan superfluos para sus ojos de artista. Ya instalado en las páginas culturales leyó una noticia que lo conmovió: La Fortuna, de Carlo Nicoli, había sido mutilada. En la gráfica se notaba claramente la ausencia de la mano derecha de la escultura, que empuñara un cetro también perdido. Rubén se fue caminando al centro, pensando en la forma extraña en que se había percatado de la existencia de la bella de piedra. Una vez frente a La Fortuna, sintió la mirada humillada del mármol, la túnica gris por la contaminación, el viento del otoño con su polvillo de hojas en el peinado imperial de la hermosa inmóvil.

Absorto, contempló los labios mudos, y ansioso por admirar el cuello descubierto, no se percató de que él también era observado. A tres metros de distancia, Karla miraba los zapatos masculinos con la atención que sólo un comprador otorga a un par de zapatos. Revisó los pliegues del pantalón, la camisola blanca, el corte perfecto de los cabellos negros. Satisfecha, ensayó un saludo, Rubén contestó sin mirarla. Ella decidió esperar, no había por qué ponerse celosa de una manca de piedra.

A los cinco minutos Karla pudo iniciar una conversación. Supo que él era pintor y que estaba iniciándose en la historia del arte. La joven logró que el muchacho la llevara a conocer los murales de Orozco. A las dos semanas eran amantes, reticente él, desparpajada ella.

Con la llegada del invierno Rubén cambió de carácter, se volvió taciturno y silencioso. Un día desapareció de la vida de Karla, cual pastilla efervescente... pero el dolor de cabeza de la chica no cesó tan fácil, por lo que decidió ir a visitar todas las galerías de la ciudad, sabiendo que en alguna de ellas habría de encontrarlo. La pasión burbujeante por volver a verlo le acicateaba los pasos.

Una noche fue a conocer los antiguos Baños de Venecia, convertidos en galería. Al ir descubriendo la insólita arquitectura su vista paró en una jaula suspendida en el aire, de invisible modo... adentro de la jaula, vio la mano de La Fortuna, colgada de su cetro. Convencida de que era la auténtica, se fue directo a la administración de la casona, para denunciar el vandalismo. Rubén estaba ahí. Lo sorprendió en el mismo momento en que implacable, le arrancaba los ojos al infeliz artista convertido en cadáver, porque solamente un ciego, hubiera sido capaz de mutilar a la divinidad de la suerte.

RESURRECCIÓN

Recuerdo que era un sábado por la tarde: cuando los perros se echan al sol porque nadie anda por las calles, entre las seis y las siete. Yo estaba afuera de la tienda de abarrotes, apoyado en mis muletas, atento por si alguien entraba.

El cielo era un telón violeta, apacible, silencioso. A lo lejos vi una figura de mujer: pasos cortos y rápidos. La miré acercarse y cruzar mi puerta, nerviosa, agitada. La reconocí de golpe, era María Rosa. Habían pasado dieciséis años desde que estuvimos juntos en sexto de primaria. Me apresuré para llegar hasta el mostrador. Con los ojos bajos, de pie frente a mí, dijo sin mirarme: “Ay Ernesto, no sabes cuántos días he estado esperando una oportunidad de encontrarnos a solas”. Me sorprendió lo que oía, desde que salimos de la escuela, María Rosa no me había hablado nunca, a pesar de que algunas veces nos encontrábamos a la salida del templo.

Se veía guapa en su vestido sin mangas, con los labios pintados de rojo intenso. –Espero que no pienses mal de mí, agregó. En ese momento entró una clienta: “Deme dos virotes”, ordenó María Rosa, y dejó una moneda sobre el mostrador. La compradora siguió su camino sin mirar a ninguno.

Fue entonces que María Rosa sacó un sobre del interior de una bolsa de papel y lo extendió hasta mí diciendo: En esta carta te explico todo. De mañana domingo en ocho, vengo por la respuesta. Tomé la carta y la puse en el cajón del mostrador, sin saber qué contestar. Ella salió de prisa, dejando en el aire una loción floral.

Reaccioné y traté de fijarme en el rumbo que su figura esbelta había tomado, pero la torpeza de mi pierna inútil lo impidió. Volví a la carta, cuando desde el interior, la voz de mi madre anunció: "Se echaron todo el frasco". Venía en plan de conversadora y aunque fingí no tener interés en su charla estuvo hablándome por espacio de cuarenta minutos. Aproveché su primer silencio para preguntar si podía quedarse en la tienda. Dijo que sí. Tomé la carta aparentando indiferencia y me retiré a la habitación. Pasé un buen rato en la búsqueda de las tijeras, no quería rasgar el sobre. ¿Qué contendría aquella carta? Con una navaja de rasurar separé la orilla rosada y noté que olía igual que la loción. Entre los dobleces muy bien marcados se dibujaba una tenue figura de corazón...

"Querido Ernesto:

Pongo por testiga a la Santísima Virgen María de que todo lo que aquí te escribo me brota del corazón. Lo último que deseo es parecer una desvergonzada, si digo algo que te ofenda puedes suspender la lectura de la carta cuando gustes, por eso mismo decidí escribirte, ya ves que las mujeres somos muy penosas.

Cuando estábamos en la primaria tú eras mi compañero favorito, siempre tan inteligente y acertado. No sé si te acuerdas de cómo te convidaba paletas de hielo, y que me sentaba junto a ti a coser las servilletas para las tortillas. Pero tú nunca me hiciste caso, la noche de fin de curso me dio mucha tristeza que no

pudiéramos bailar el vals juntos, tú con tu pierna malita, ahí recargado contra la pared.

Luego dejamos de vernos y me casé con Alberto, seguro te diste cuenta cuando aquel caballo lo mató...

Hace siete años que vivo sola, desde que murió mi mamá la casa se me hace más grande y oscura. Le hace falta un hombre, un muchacho bueno que llene de luz las paredes.

Ernesto, no importan los defectos físicos, importan los sentimientos.

María

P.D. Te pido que tan pronto leas esta carta, la rompas, por el amor de Dios."

Ernesto no rompió la carta, la estuvo lee y lee en la intimidad de su cuarto, a la sombra del limonero del patio, en el retrete.

Sin dejar la inquietud ni un solo día, la víspera del sábado le habló por teléfono a su mejor amigo: -Quihubo mano, cómo andas de tiempo, ¿crees que puedes venir por mí a la casa? No, no estoy enfermo. No, la cita con el ortopedista es hasta el mes próximo. Sí, tengo un problema, bueno, no precisamente. Lo que pasa es que por teléfono no te lo quiero contar. Ajá, entonces te espero a las dos. Sale. Gracias.

El mejor amigo escuchó la historia con gesto sereno. Su vida citadina lo había revestido de una autoridad mundana que Ernesto admiraba. Por respuesta le hizo una serie de advertencias entre las cuales destacó una: si le quieres dar una oportunidad a la vida, adelante, aunque es seguro que vas a sufrir las consecuencias.

Al día siguiente Ernesto llevó la silla de plástico al baño y provisto de jabón y una botella de champú comenzó a desnudarse. ¿Qué diría ella si supiera que no usaba ropa interior? La camisa y el pantalón eran lo suficientemente holgados como para permitirle maniobrar con facilidad al desvestirse. Puso la ropa en el suelo y con suma precaución la apartó de la regadera ayudándose con la muleta derecha. Luego abrió la llave y comenzó a sentir el único placer que tenía: el baño. Decidió usar solamente el champú y distribuyó un cuarto de botella entre sus piernas, pecho y brazos. La espalda se quedaba siempre fuera de su alcance, apenas lavada con el jabón líquido que escurría de la nuca y que iba a depositar en el asiento, precisamente en el lugar en donde le costaba tanto esfuerzo enjuagar.

Al término del baño estuvo indeciso entre la camisa a rayas o la verde lisa. Entró al cuarto de su hermano y recargado en el ropero, se perfumó las mejillas con lavanda. Se fue a sentar junto a la puerta de la entrada de la tienda, las muletas detrás de la puerta. Al poco rato le dijo con voz segura a su madre: -Si quieres vete a ver tu novela, a estas horas no se paran ni las moscas. Fue así que Ernesto se quedó a la espera de María Rosa, con el corazón latiéndole tan de prisa como a un conejo.

Ella no se presentó a la cita. Por largas horas Ernesto estuvo cavilando los motivos, aunque muy dentro de él sabía que era uno solo: la poliomielitis. ¿Por qué sus padres habían olvidado vacunarlo?, ¿por qué a él le había tocado la desgracia si casi a ninguno de los niños de su edad les ponían las vacunas a tiempo? Recordó la visita de enfermeras y la fila larguísima de niños que no alcanzaron vacuna.

Transcurrieron dos semanas. Cuando estuvo más calmado levantó las tablas de su cama y sacó cincuenta pesos. Se encaminó a tomarse unas fotos blanco y negro, con servicio urgente. Pagó la tarifa y esperó dos horas para recibirlas. Al tenerlas consigo, sin mirarlas siquiera, caminó

directo a la casa de María Rosa. La fachada parecía distinta: recién enjarrada y con los huecos de la ventana en espera quizá de nueva herrería.

La propia María Rosa le abrió la puerta, cohibida lo invitó a pasar a la sala, en donde Memo el tartamudo bebía un refresco, las manos y el cabello manchado de cemento.

-Qui - hu u -ú bole Ne, Ne, Neto, co - co cómo me ves de al ba b añil? Le bastó oír el tono alegre del saludo para comprender el porqué María Rosa no había regresado por la respuesta. Sonrió y sin mediar palabra, regresó sobre sus pasos rumbo a la salida, y en la calle se sintió un estúpido. ¿Por qué había esperado tanto? Las palabras de María Rosa en la carta perfumada regresaron a su mente:

“No importan los físicos, importan los sentimientos”.

Las fotografías que llevaban en la bolsa de la camisa ya no le serían útiles. Y pensar que se había imaginado verlas en las hojas de las amonestaciones, afuera de la iglesia. Regresó a su casa y estuvo piensa y piensa. Fue a la tienda por unas cartulinas y un marcador azul. Preparó seis carteles:

BUSCO NOVIA

Me llamo Ernesto y tengo treinta años. Estoy
inválido de mi pierna derecha. Si buscas un cariño
sincero, vivo en la calle Niños Héroes 20.
Recuerda que “No importan los físicos importan los
sentimientos”.

Tomó una cinta de la estantería y salió a fijar los letreros en los lugares donde él había visto que se reunían más mujeres. Una inusual energía lo embargaba.

RETABLO DOMÉSTICO

Hoy llegamos a la casa nueva. Es un departamento en el centro con tres habitaciones, un ventanal grande que da al ruido callejero y un patio donde difícilmente cabrá mi perro. Mamá sonríe como si nada pasara pero en sus ojos se ha detenido el temporal de lluvias: detrás de los cristales limpios se ve llover, y aunque sonría, el agua se le resbala en el momento en que nos sentamos a la mesa o cuando vemos la televisión. Mi hermana es muy fuerte, al regresar de la prepa cocina como si ya fuera ama de casa y hasta compra azucenas para la mesa. Yo sé que mamá se lo agradece porque se acerca a las flores blancas para tocar con el dedo índice los bordes triangulados. Las dos se parecen mucho, tanto, que a mi papá le gustaba decir que cuando inventaron la fotocopiadora, hicieron el duplicado en reducción.

Yo me parezco más a la familia de mi papá, lo malo es que nunca sabré si es verdad que cuando sea adulta seré como mi tía Ángeles. Mi papá quiere que siga visitando a la familia, y que vaya con él en las vacaciones de navidad, lo malo es que cuando salimos juntos encuentra el momento para preguntar todo respecto de mi hermana y mi mamá, y Marisa no quiere que le cuente nada: mucho menos si está ahí su mujer.

Yo sé que a Marisa no le gusta que yo salga con papá, pero ya me dijo que me va a enseñar a manejar para que pueda ir a visitarlo al rancho. Allí vive mi conejo Blas, Mici el gato y Capitán, mi San Bernardo. Al único que tengo aquí es a Popeye, mi perro cocker y eso porque insistí como disco rayado para traérmelo, aunque el reglamento del edificio diga que no se admiten perros.

—No sé, cómo decirle a mi hermana que la conserje nos dio tres días para deshacernos de Popeye...

—¿A poco crees que a la loca de tu hermana le va importar mucho? —No me gusta que hables así de ella, está chica y quiere mucho a su perro.

—Uh, sí. Esa no quiere a nadie. Se la vive encerrada en su cuarto mirándose al espejo.

—Si no te cae bien mejor cambiemos de tema. Lo siento por Popeye, se va a tener que ir a vivir con... el papá de Mirna.

—¿Cómo que con el papá de Mirna? ¿A poco son hijas del mismo padre?

—Pues sí, pero ya no puedo hablar de él como algo mío. Mira nomás dónde estamos viviendo por su egoísmo.

Seguro que a estas horas ha de estar asoleándose en el jardín, el muy... A ver quien le cuida los rosales y los pinos, ojalá que se le mueran.

—Oye Marisa, no inventes. Es tu papá.

—Hum, como si no lo fuera. Lo que más extraño de la casa es la chimenea, y eso que ya está haciendo un calorón.

Como que mi mamá tiene mucho frío, porque apenas son las nueve y ya está metida en la cama. Hace como diez días que está leyendo *La región más transparente*, pero quién sabe cómo, porque la marca del separador sigue en la página 60. Me da tristeza que se la pase del trabajo a la casa, ¡vieras qué callada anda! A ver si se compone el ánimo. No creas, el maestro de psicología dice que está pasando por un sentimiento de pérdida. Bueno, ni siquiera conoce a mi mamá, pero ayer toda la clase se trató de

los sentimientos que tienen las personas que pierden a su pareja, a un hijo, a su padre. ¿Y sabes qué? Mi mamá perdió a su marido, mi papá me perdió a mí... y bueno, yo también perdí a mi padre. Por eso te digo que cuando Mirna se entere de lo del perro se va a completar el cuadro.

El reloj del templo marca con su compás las doce de la noche. Un perro ladra con languidez, mientras que el edificio libera sus pulmones de las preocupaciones del día. Se ha apagado la cocina y Popeye duerme su última noche en el minúsculo patio. Ruedan en la calle los autos desvelados, un vecino abre el portón que exhala el chirrido metálico por el que ya nadie reclama... Mañana en cuanto suene la alarma despierto a las muchachas, porque tenemos que dejar la puerta de la azotea abierta para que surtan el gas. Lo bueno es que ellas se van de paseo al bosque de Los Colomos y regresando de la oficina puedo subir a lavar la ropa y si alcanzo, limpiar la estufa. Doña Paz aceptó al perro de tan buena gana que es un alivio. Cuando Mirna llegue al patio debe estar muy limpiecito, voy a comprar unas macetas en el mercado con flores amarillas, o rojas, para que la alegren. Lo importante es que no quede nada que se lo recuerde: ni el olor. Voy a echar una botella completa de cloro en el piso del patiecillo. Lo único bueno es que ya no vamos a comprar croquetas... ni tendremos que llevar a Popeye al veterinario... Mirna se va a poner triste unos días, tanto que le alegraba llegar de la secundaria... creo que la carpeta del macro proyecto tiene la esquina doblada, se me hace que va a ser necesario comprar otra tempranito antes de... El lunes ya es quincena... qué bueno porque... que no se me olvide cambiar la Carpe...

Querida hija:

Anoche no pude dormir pensando en ustedes. Admito tu valentía por seguirme viendo, después de todo lo que pasó. Los seres humanos somos imperfectos, y mis errores han sido muchos. Ayer perdí el rancho, y la casa de ustedes está hipotecada. Lo más seguro es que se pierda.

Tengo algunos otros problemas que no sabría explicarte: he decidido salir del país sin dejarle dicho a nadie mi destino. Por algún tiempo no podré comunicarme contigo.

Te dejé con mi hermana Ángeles las llaves de la casa, por si quieres llevarte algo antes de que la embarguen. Cuídate mucho. Te quiere, tu papá.

Mirna guardó la carta siguiendo los dobleces que su papá había hecho en el papel, recordó la clase básica de papiroflexia que el maestro japonés le había dado a ambos: la despedida tenía forma de barco. La muchacha pensó que en aquella nave ficticia se iban también muchas esperanzas. Había encontrado la carta debajo de la puerta al llegar del paseo a Los Colomos, por suerte unos minutos antes de que su hermana terminara de despedirse de los amigos y subiera las escaleras. Se encerró en su cuarto con los ojos bajos, para que su hermana no le notara nada: "Pues ahora sí se me acabaron las salidas a comer, y los jabones perfumados", pensó.

Abrió la puerta del patiecito y un olor a cloro se le subió hasta el puente de la nariz. Cinco macetas de plástico se pintaron en sus ojos tiñéndolos de amarillo. El arrebató del color la detuvo unos instantes, luego confirmó que el cocker no estaba ahí: -Popeye, ¿dónde andas?, Popeye, chiquito... Estaba llamándolo asomada al baño, cuando su hermana se le aproximó y tocándole un hombro le dijo a medio tono: Mirna, fíjate que mi mamá y yo no sabíamos cómo decirte que, bueno, que, hum, en el edificio no se permiten los perros y, mi mamá platicó con doña Paz y, bueno, dentro de una hora la señora Paz va a pasar en su camioneta por Popeye, está allá arriba, en la azotea, amarrado junto al lavadero para que no se ensucie.

No quiso oír más. De unos cuantos pasos alcanzó la puerta y salió para trepar las escaleras con las lágrimas amarradas a la garganta.

Popeye estaba echado a la sombra, con su collar de adornos metálicos. Arriba del lavadero el sobre médico con su tarjeta de revisiones semestrales. Todo listo. Sintió un rencor seco en contra de su mamá, de su hermana, de los malditos vecinos que se quejaron del ladrar nocturno de Popeye y sus lloriqueos. Se sentó junto al perro que su papá le había regalado cuando cumplió cinco años. Con la mano derecha comenzó por acariciar las orejas de Popeye, su confidente: "Popeye, bonito, ven, ¿estás a gusto en la sombra perezoso? Allá en Los Colomos hacía un calor horrible, qué bueno que no viniste, te hubieras quemado tus patitas, nos la pasamos camine y camine... no me veas con esos ojos de tristeza, está bien, el bosque estaba padrísimo, jugamos vóley bajo los árboles, ojalá hubieras ido conmigo, pero ya ves, los amigos de Marisa dijeron que era una lata llevarte. Pero no es cierto, no importa lo que opinen, eres un perro de lo mejor, por eso mi mamá te va a llevar a una casa grandota, con un gran patio... ahí te van a dar rico de comer, te voy a visitar muchas veces, ¿me vas a extrañar?, ¿verdad que sí? No me vayas a cambiar por los hijos de doña Paz... ellos van a jugar contigo y te querrán mucho, pero no tanto como yo, que estaba juntando para comprarte un chalequito escocés, para sacarte a pasear en los días de frío. Yo no sabía que te iban a llevar, te lo juro, de saberlo te hubiera llevado al rancho con mi papá, pero ya ves que nunca dicen nada, creen que estoy re-lela. Ay Popeye, no me veas así, yo ni la culpa tengo, vas a ser muy feliz, la comadre de mi mamá es buena onda, ella no te va a regañar, ni se va a poner histérica porque te comes el palo de la escoba".

La tarde es un tulipán morado. El sol culmina su guardia echándose a los hombros el negro chal del sueño. Mirna se encierra en la habitación y se acuesta, intenta dormir en su sofá cama sin pensar en la mascota que también se ha ido. Es demasiado temprano. En la sala su mamá y su hermana conversan, parece que están planeando qué hacer durante las vacaciones, puesto que no saldrán de la ciudad.

Mirna reniega porque no irán a la playa, ya hasta había pensado en el estilo del traje de baño que le gustaría comprar, se levanta y abre una revista, confirma el estilo. Al dar la vuelta a la hoja una foto de gran formato la hipnotiza: Una familia sonríe, a pesar de que el padre, famoso candidato a la presidencia, fue asesinado hace unos meses. “La vida sigue”, comenta la esposa, “por mis hijos hay que mirar adelante”. No es necesario leer el resto del artículo, Mirna conoce el drama. Una luz la envuelve, se siente conmovida. Permanece unos minutos quieta, de pronto se incorpora y va al patio. Toma una maceta. Limpia la tierra de la base y con ella, se encamina a la sala. Instala la maceta al centro de la mesa diciendo: “Qué padres flores, ¿dónde las compraste, Ma? En la escuela nos invitaron a ver una exposición de acuarelas, a ver si nos vamos ahora que tenemos tiempo de salir en familia”.

SOMNÍFERO

En las noches de su infancia, con el terco frío que no perdía oportunidad para cobijarse bajo la manta, Marcial le pedía a Tacha que le pusiera la mano en el ombligo, “— ¿me tapa?, tengo mucho sueño...”. La anciana entendía el mensaje y colocaba la mano grande sobre el ombligo que ella misma había cuidado al nacer el muchacho, porque la madre muy pronto tuvo que salir a buscar la comida para los tres.

A los diecisiete años Marcial había crecido tanto que no cabía estirado en la cama: se acurrucaba queriendo volver el tiempo atrás, para que la viejecita siguiera echándole tortillas calientes, que convertía en burritos con sal. “Cuando murió mamá Tacha anduve buscándole el rebozo por toda la casa, lo compró en Michoacán, era negro con hilos de colores, ella lo guardaba nuevo, porque quería estrenarlo al morir. Sus hermanas sintieron lástima de que un rebozo nuevo se fuera al hoyo, pero la prenda le dio un gusto a la cara, como de fiesta. Le cubrí bien la cabeza con él y se lo crucé por el pecho, para que no tuviera fríos”.

Marcial soñó muchas veces que la abuela se sentaba a un lado de la cama a taparle con su mano el ombligo, dormitaba agitado y descubierto, con la cobija en el suelo.

Nueve años más tarde, cuando murió la tía Lupe aquel recuerdo de Tacha se había dulcificado. Marcial volvió al cementerio, donde siguiendo la costumbre abrieron la fosa familiar con el propósito de colocar adentro el nuevo ataúd, lo hicieron suavemente, como si temieran despertar a la abuela.

La visión de la vieja caja trajo a los rostros distintas expresiones. Marcial llamó en voz alta a la muerta... al tiempo que dijo: "Mamá Tacha" la caja se desintegró en un aserrín grisáceo, terreno; apareció el cráneo de cabellos untados, los fémures, el rebozo intacto y hasta las falanges de la mano derecha. El enterrador sacó de una bolsa de lona una escobeta de púas fuertes con las que juntó los restos: abrió la caja de Lupe y colocó en los pies el cráneo, el rebozo y los huesos grandes, preguntó si alguien quería rezar. Todos se miraron sin hablar, Marcial se inclinó a tomar lo que quedaba de la mano. Estaba harto de pasar insomnios.

CORREO AÉREO

Cada dos semanas recibía una carta de Carola. El sobre sin abrir anunciaba una gran cantidad de hojas, quizá una foto, una postal, tal vez una nota de prensa o la imagen recortada de una revista. A Carola le gustaba mandarme reproducciones de pintores expresionistas, era como si deseara compartir conmigo sus emociones. Había en cada una de sus líneas un frenético deseo por contarlo todo, por no callar nada. Cada envío era el expediente exacto de sus días felices, muy pocas veces aquellos sobres traían alientos de tristeza.

Luego de dos años de correspondencia, sin habernos visto nunca, me invitó a conocer su casa. Preparé hasta el más mínimo detalle. Quise dar la mejor impresión ante la amiga lejana. Mi familia cuestionó el viaje. Pensar que Carola podía ser diferente a sus palabras era un absurdo. Hice el trayecto por tren, de Guadalajara a Veracruz. Al arribar, me pregunté por qué había esperado tanto tiempo para conocer a mi mejor amiga.

La felicidad que me proporcionaban sus cartas me hizo caminar con entusiasmo: tomé conciencia de mis brazos en justo peso y balanceo, de mis pies sobre la tierra, de mis espaldas cansadas por las horas... me di cuenta

de que estaba viva y eso me reanimó pensando que los meses de correspondencia tendría como resultado un encuentro filial.

Contrario a lo que esperaba, Carola no me aguardó a la entrada de su casa. Un crespón negro anunciaba luto. Me abrí paso entre los deudos hasta encontrar su figura de pie, apenas visible entre docenas de azucenas, ramos de albos claveles y una gruesa de margaritas mezclada con otras flores olorosas: al centro de aquel jardín, sobre un lecho improvisado, descansaba para siempre un niño pequeñísimo con pestañas largas de sueño eterno y manecitas atadas. De entre sus dedos, surgía un sagrado corazón transparente confeccionado con papel de china.

No supe qué decir, me conmovió ver a su hermanito así, tan inmóvil como yo lo había conocido en la foto que ella me enviara por correo. Carola levantó la vista y supe que mi viaje cobraba un sentido doble. Intenté consolarla, diciéndole que “los niños que se mueren, despiertan”, como Abreu Gómez lo había escrito, y que su alma viviría en todos los papalotes del verano, como decía Elena Poniatowska. ¿Qué puede abundarse en estos casos, cuando el olor de los nardos se mete a la nariz y te habita los huesos hasta la madrugada? Carola estuvo quieta muchas horas, con la mirada baja, sin dejarme saber cómo era su voz. A las siete de la mañana, todavía sin pronunciar palabra, se fue al fondo de la casa. Yo coloqué una silla debajo de un árbol de limas, hasta que la vi venir llevando entre las manos un par de alas hechas de algodón. Su voz queda surgió como arroyo anegado “vamos a ponerle las alas, para que Dios lo reciba sin tardanza”. Juntas, en silencio, preparamos el correo aéreo.

RECADO PÓSTUMO

Te esperé inútilmente en el bar de costumbre. La primera media hora imaginé que llegarías retrasado porque había sido necesario tomar algunas precauciones, tú sabes, caminar por sitios desacostumbrados, subir a una ruta de camión que despistara al probable policía, abordar un taxi y llegar a la cantina. Al cabo de tres horas me convencí: me habías traicionado. Me tomé la séptima cerveza y escuché al viejo pianista, quien debía estar borracho también, porque tocaba dos o tres piezas alegres y retornaba al tristísimo lamento de “Noche de ronda, que triste pasas, que triste cruzas por mi balcón...”. Me enfadó la historia del solitario que clamaba la vuelta de la mujer perdida. Pagué la cuenta, compré una tarjeta telefónica y busqué la salida. Me puse a reír como un idiota al darme cuenta de que la tarjeta estaba decorada con una rata, como tú: Rata Ramón Ratachifle, rata Ramón Ratachifle... No contestaste el teléfono.

Jesús conocía a Ramón desde la secundaria, cuando los dos eran unos muertos de hambre que apenas alcanzaban a comprarse un cigarrillo al final de la clase. Ramón fantaseaba sintiéndose superman, “ya verás mano, voy a ser un abogado chingón”, le decía una y otra vez, y luego imaginaba la casa de dos pisos en el sur de la ciudad, el carro del año, la bola

de chavas tras sus huesos. Jesús lo oía nomás por no dejar, pero agradecía llegar pronto hasta su casa para meterse a su cuarto y leer. Con el paso del tiempo Ramón abandonó la escuela, y Jesús entró a estudiar psicología.

Al término de la carrera Jesús no pudo conseguir empleo como psicólogo, por lo que entró a trabajar en un banco. Por lo menos vas a andar bien vestido, le dijo Ramón. Ser cajero lo obligaba a presentarse con el cabello engomado y la corbata bien puesta. Al principio ni volteaba a ver a los clientes, pero poco a poco fue conociendo el ritmo de la entrega de los billetes y encontró el momento justo de hacerse notar entre los que manejaban grandes cantidades de dinero.

A los dos años de trabajar como cajero ascendió a ejecutivo de cuenta. Desde su escritorio veía hacer. Le divertía el vaivén de las largas colas en las cajas y distinguía desde su nuevo sitio las ventanillas de pago, cual cel-dillas de abejas que zumbaban alrededor de los billetes. Ramón lo visitaba de vez en cuando, luciendo un aspecto desastroso.

—De seguro que el Ramón ya se largó a su tierra. Y ni cómo denunciarlo. Qué tal si los grafólogos de la procuraduría descubren que yo escribí la amenaza en el papelito ese, nomás no pude hacerlo perdidizo. Lo único que conseguí con este robo fue sentirme director de cine: Qué roja se puso la cara de las cajeras tras la ventanilla dos. Se me figuró como un helado de fresa que estaba a punto de derretir, fue poniendo en un sobre grande toda la lana. Me imagino que de tan aturdida como se veía ni contó los fajos de billetes, de seguro nomás estaba pensando en su chavito secuestrado, y quién no, yo creo que en ese momento se arrepintió de entrar a trabajar, ella con su marido y todo, ni qué necesidad, nomás lo hacía por no estar en su casa, cuidando al chamaco...

Siguió yendo al banco y se prestó amablemente a los interrogatorios policiales. A los seis meses presentó su renuncia con el pretexto de que se iría a continuar sus estudios al país del norte y hasta se organizó una fiesta de despedida, aprovechando la entrega de la parte proporcional del aguinaldo.

Con el resto y sus pequeños ahorros se fue a Tijuana: sabía que los padres de Ramón vivían allá, en un pequeño departamento que resultó más deprimente de lo descrito por su ex amigo. Los viejos no lo habían visto desde hacía meses.

Localizaste a Ramón en una pensión mugrienta, sin dinero. El muy desdichado se había gastado todo, hasta tu parte. Su rutina de levantarse tarde, salir a comer, visitar la cantina, ir al cine y a la lucha libre no le dejaba tiempo para pensar en qué invertir la lana: Cómo ves mano, hace dos semanas que se me acabó la feria. Ya ando buscando trabajo, no te creas...

De aquel muchacho que se creía superman ya no quedaba nada. Por eso ni le diste vueltas al asunto. Le extendiste el papel y un bolígrafo de tinta negra. Le ordenaste que escribiera...

A los dos días leíste en el diario la reproducción del dictado. El robo del banco quedaba aclarado, así como las razones del suicidio. Pobre hombre, nunca pudo superar ser un don nadie. La nota periodística agregaba que la cifra de suicidios crecía conforme se acercaba la primavera.

LA ÚLTIMA MUDANZA

La abuela extendía una hoja de papel sobre la mesa y colocaba en el extremo derecho del papel la única copa de cristal que había en la casa. La giraba cuidadosamente logrando en envoltorio seguro. Aquella era la señal: esa noche cambiaríamos de domicilio. Los ganchos que portaban los trajes del abuelo fueron atados con un lazo del cortijero y los numerosos libros puestos en cajas de cartón. Los cuadros, floreros y zapatos, eran colocados en mantas extendidas en el suelo, que iban sumando tantos bultos como letras tiene el alfabeto. Luego de las doce, con el barrio dormido, se iniciaba la silenciosa mudanza. El viejo nos veía hacer, con la botella de aguardiente en la mano. Era el último que se subía al camión siempre despidiéndose con sonrisas y dulces versos; “y puede ser que aquella casa siga aún creciendo sin paredes, /y puede ser que todos nos reunamos en ella, ardiendo aún dentro de aquella casa, /dentro de aquella infancia...”

Despertábamos cobijados por nuevas paredes, los hijos todos, los abuelos viejos, la nieta pequeña que era yo. La copa volvía a ser llenada con agua todos los mediodías, en remembranza de cuando se bebía una copa de blanco a la hora de almorzar.

“Cinco comidas: desayuno, almuerzo, comida, merienda y cena, con los muchachos cuando eran niños y tú todavía no nacías”. Me decía la abuela mirándome con sus ojos de tamarindo en primavera.

Los hijos grandes recordaban muy poco la infancia, más bien contaban de las filas largas en el montepío y de la casa de nutrición que les regalaba leche embolsada para los hermanitos que no podían salir a buscarla. El viejo se lo había bebido, con una sed amoral y egoísta. Hacía quince años que no había regresado al trabajo, pasando del coñac al alcohol de caña, de la Revista Moderna a Playboy: sólo su gusto por la poesía se decantaba, e informado por la referencia que algún poeta hacía de otro, los iba buscando a todos, sin agotarlos. Una navidad, la abuela vendió como veinte libros. Los transformó en pollos asados y ponche de nuez. El viejo rumió a puerta cerrada. Al día siguiente prohibió que cualquiera de nosotros entrara a su habitación. Desde su cuarto, escuchaba año tras año el aviso de que únicamente faltaban sus cosas para abandonar la casa, antes de que fuéramos lanzados a la calle, por incumplimiento de contrato.

En la madrugada de la última mudanza pensé que amaneceríamos en la banqueta: todos esperábamos arriba del tráiler mientras que la abuela le rogaba al marido que se diera prisa. Luego de un rato, no se oyeron más las súplicas. La abuela se acercó hasta nosotros para que buscáramos un libro... extrañados entramos a la habitación prohibida. La larga figura del abuelo estaba cubierta con una sábana. Ella repitió la orden: busquen *La casa encendida* de Luis Rosales.

Pusimos el cuerpo del abuelo en el centro del tráiler, yo aprendí de memoria estos versos: “y un día me dijeron que había muerto, /que estaba lejos, muerto, /sin llegar nunca, muerto, /en su humildad para siempre rendida, en su montón de noble cansancio”.

EPITAFIO COMPARTIDO

Era diciembre y el panteón estaba desierto. Por los senderos se veían ramos de flores marchitas, cúmulos de huesos apenas disimulados con un poco de tierra y cal, cruces rotas, monumentos espléndidos de mármol empolvado, arbustos deshidratados por la indiferencia. La imagen era una verdadera naturaleza muerta, una acuarela tenue en la que el sol, la lluvia y el abandono pintaban trazos fragmentarios.

Ángel leía los epitafios: *A Julio Ovando Vera, de su esposa Aurora. Dios te bendiga; Aquí descansa Jesús López, nacido en el año de 1946; Javier Torres, te fuiste dejándonos en la soledad...* nombres borrosos que no le despertaban ningún sentimiento; intentó concentrarse en las lápidas masculinas y fechas a 1940.

La idea le había llegado por una novela de Tolstoi, aquélla donde el personaje se busca un nuevo nombre. Por entre las tumbas un hombre lo sobresaltó. Preguntó si podría ayudar en algo. —A quién busca señor, dijo en tono que simulaba pesar. Ángel murmuró dos o tres palabras, fingió que por fin había localizado el sepulcro y se hincó. El hombre lo miraba entre complacido y servicial. Le anunció que el balde de agua para regar

las matas costaba dos pesos, el trapo para limpiar la lápida lo alquilaba a uno. Ángel no dio muestras de haber escuchado, antes bien, cerró los ojos y aguzó el oído, en espera de que el tipo se largara.

Ángel aguardó lo necesario para no hacerse notar en su caminata... Anduvo a través del inmenso panteón hasta encontrar lo buscado; casi al límite de la barda, leyó en voz alta el que podría ser su nuevo nombre: *Zacarías Maldonado, 1940-1995*.

Caminó hacia la administración del cementerio llevando en la mano la transcripción de lo leído. Timbró tres veces sin respuesta, habría que regresar otro día para ver en los archivos el libro de ingresos de 1995. Estaba por irse cuando una mujer surgió del fondo del cuarto abotonándose la blusa. Ángel se fijó en las marcadas arrugas, y en el hueco del botón desabrochado. Tras de ella apareció el cuidador de tumbas, con el rostro descompuesto.

Hizo fila desde muy temprano en Relaciones Exteriores. Se puso una corbata roja y el saco gris de solapa alta para estar a la moda. Cuando se quitó los lentes para la foto, mostró la sonrisa ligera que estuvo ensayando frente al espejo la noche anterior, luego se sentó a esperar. Pasó un tiempo larguísimo antes de que una voz comenzara a recitar los nombres, al grito de ¡Maldonado Zacarías! Ángel sonrió victorioso. Ya con el pasaporte en la bolsa interior del saco, el mediodía fue la prueba mejor de que había vuelto a nacer. Pensó en comprar una pipa que completara su barba de intelectual y pintar ahora sí los óleos que siempre quiso.

El tiempo frente a la computadora le ayudó a formar un curriculum internacional: programas de mano, invitaciones que incluían embajadores conocidos, reseñas inexistentes con elogios para el pintor del "surrealismo

hipnótico”, titulares, fotografías exprés en una escuela de modelos al lado de atractivas mujeres.

Durante la primera exposición de su obra, el anuncio de que se serviría “whisky de honor” atrajo a muchos desocupados. Zacarías Maldonado aclaró a la prensa que no contestaría preguntas sobre su vida personal, ya que se encontraba anclado en las arenas movedizas de una relación rota... Como por arte de encantamiento, las féminas comenzaron a visitar el estudio de Zacarías, llamándolo “Maestro”, palabra clave que le dio puertas abiertas a cualquier hora del día.

Alberto Hit era el incondicional: no hacía preguntas, llegaba siempre con una botella en la mano, conversaba poco y hacía todo tipo de favores... Su expediente amistoso registraba sólo una noche de impertinencia, en que borracho, había perturbado el sueño de Zacarías. Consecuente, el pintor había tolerado las dos horas de inoportuna visita, incluso, fingió desinterés, aunque aquel relato le importara más de lo previsto. Le contó una historia, que más tarde, Zacarías reconstruiría una y otra vez, en busca de certezas.

“Desde niño fui amante de las biografías. Escuchaba con entusiasmo la vida de los vecinos, la noticia del que se había largado simulando ir al pan, del que había muerto de repente, de los amables hermanos que se convirtieron en lobos feroces a la muerte del padre. Sí, me gustaban sobre todo las historias de muertos. Tal vez por eso me aficioné a visitar los cementerios, a caminar despacio por entre las tumbas. Con el tiempo ya no me importaba si estaban abierta o a punto de hundirse, me imaginaba que allá abajo otro ser como yo, estaba atento al que pisaba arriba, parando oreja para enterarse de lo que pensaban los vivos, de qué hablaban, cómo había cambiado el mundo. Dejé de tenerles respeto y a veces me sentaba a platicar con alguno. Un día andaba en esos trotes cuando se acercó

hasta mí una mujer vestida de blanco. Me preguntó si había conocido a su Zacarías. No supe qué responder. Puse cara de afligido y ella trató de consolarme. “Imagínese cómo me he de sentir yo, que estuve a punto de casarme con él...”

La conversación quedó inconclusa, Alberto guardó silencio al observar que a Zacarías parecía no importarle el tema, le importunaba, o sencillamente no lo estaba escuchando; se fue, luego de monologar series de palabras de otros tópicos. Zacarías Maldonado no preguntó nada, el temor a ser descubierto lo obligó a aislarse unos días, aparentando ante amigos una importante exposición en puerta.

Transcurrida la fase de temor, el propio Ángel buscó a Hit. —Oye mano, dime bien claro qué quieres exactamente con la historia que me platicaste el otro día... sin chanzas, ni medias tazas, yo no quiero problemas, ni quiero dártelos a ti— y se llevó la mano al bolsillo trasero buscando su cartera. La reacción de Alberto fue rápida, sacó una pistola y con gesto impasible se le quedó mirando: —La verdad, Zacarías, lo único que quiero es que recuerdes que el agua para regar las matas cuesta dos pesos, si necesitas un trapo para limpiar la lápida, cuesta uno... pero si lo que quieres es quedarte con el nombre de un muerto, va a estar difícil, ya ves que las compañías de seguros no descansan nunca y no quiero que les vuelva a sonar mi nombre por las orejas. Así que habrá que llenarles la tumba con un muertito y por lo que veo a ti te gustaría ayudar. Adiós tocayo, —le dijo antes de apuntarle y disparar.

LA CITA

Accioné la puerta del estacionamiento, durante todo el día estuve esperando mi reunión con Jorge. Subí las escaleras aprisa, me temblaban las rodillas. En la puerta del departamento me encontré a una pareja de amigos entrañables, quienes habían empezado a dejar de serlo en ese momento por inoportunos; ya en la sala tomamos dos o tres tazas de café que aparecieron animar el diálogo entre ellos dos, porque yo me mantuve con una sonrisa a medias en obstinado silencio. Mi boca cerrada parecía no sufrir el efecto deseado.

En el cuarto del fondo Jorge me esperaba, mudo también.

Argumenté que me dolía la cabeza: el cansancio de la semana, trabajo pendiente, dos artículos inconclusos... por fin captaron las indirectas y se fueron.

Esa noche dormí como una santa. Una sonrisa de felicidad abarcó mi rostro por el resto de la semana; tal satisfacción nació con la salida de mis muy queridos amigos, que me permitieron leer mi *Aleph* de Jorge Luis Borges desde la página "a" hasta la "z".

ÍNDICE

- 9 Gris de Lluvia, de Silvia Quezada:
la interrupción de los sueños

MUJERES INSURRECTAS

- 15 Gris de Lluvia
21 Teresa
24 Alcoba
25 El mariachi
28 Siete días
34 Citas textuales
36 Eva
38 Cansancio
39 Fantasías de papel
41 Falta de ética
43 Cuando tienta la noche
45 Cople

MUJERES TRÁGICAS

- 51 Espejismo
53 El Callejón de Hielo
55 Congelada
57 Descripción rota
59 Retorno a escena
61 Chucho
64 El noveno fuego

PERSONAJES

- 69 Reloj de sol
- 71 Play, record, pause
- 73 Cómo
- 75 Chamba doble
- 77 Fantasma
- 79 Guernica
- 81 Alimentad toda esperanza
- 83 La frontera de nieve
- 86 La feria
- 87 Retratos de familia
- 89 Cumpleaños eterno
- 94 El festín de Livia
- 96 Ojo por ojo
- 98 Resurrección
- 103 Retablo doméstico
- 109 Somnífero
- 111 Correo aéreo
- 113 Recado póstumo
- 116 La última mudanza
- 118 Epitafio compartido
- 122 La cita

versus el futuro

de Silvia Quezada

se terminó de imprimir en noviembre de 2013
en los talleres de

Impresiones Laser de Zamora
Martínez de Navarrete No. 10 Pte.
Fracc. Los Laureles C.P. 59680
Zamora, Michoacán, México

La edición consta de 1,000 ejemplares
más emisión de 50 ejemplares de prueba.

Gris de Lluvia deja en la punta de los dedos el sabor agridulce que proviene de la vida misma. Veintiún personajes, siete mujeres trágicas y once mujeres insurrectas, componen este libro de relatos breves, delicadamente locales y profundamente universales.



LETRA UNO
EDICIONES

